

GALICIA

REVISTA REGIONAL

El Alza de los productos en los mercados de Galicia.

El alza de los productos después de seis años de baja, es uno de los fenómenos económicos que deben llamar la atención del observador, con igual ó mayor interés que las causas de su depreciación. Si la fijeza en el precio fuera posible, el estudio de las que alteran el valor, estaría demás; pero desde el instante que tal fijeza no existe, se hace altamente necesario.

En todo producto, su valor no depende, ni de la magnitud que tenga, ni de la importancia que en sí represente, porque estas dos cualidades en nada podrán aumentar aquél sino reúne la doble y poderosa de ser útil, pues en todos la *utilidad* es y será en todo tiempo y lugar, la causa que lo determine.

La alteración en el precio parece indicar por lo tanto, según sube ó baja, una disminución ó aumento del valor, é igualmente en su parte determinativa: mas, en rigor, las alteraciones que sufre el precio de los objetos, no son originarias del que representan, y sí de la necesidad que satisfacen.

Siendo imposible establecer un tipo fijo para los productos interin la *necesidad* haga afluir á ellos una suma considerable de valor, es preciso confesar que, las causas que influyen en la baja del precio son originarias de la oferta, y las que motivan el alza lo son de la demanda, leyes estas últimas representadas por las funciones intermediarias del cambio.

Las alteraciones que en su valor sufren los productos, responden á las dos causas siguientes:

1.^a A su escasez ó superioridad, comprendiendo desde luego los resultados de la producción.

2.^a A su oferta ó demanda, ó sea á la *utilidad* que reportan ó satisfacen.

En ambas, la medida del valor es variable, no siendo posible determinarse, por depender de los resultados de la producción y de la necesidad que se experimenta; pero lo que puede afirmarse es que, su aumento implica en ambos casos—siempre que tienda al alza—una suma considerable de utilidad para el que adquiere existente en el producto que demanda, utilidad que se demuestra lógica y terminantemente por la elevación que adquiere el tipo evaluatorio que sirve de base para efectuar el cambio por moneda, única mercancía intermediaria, y también la que al mismo tiempo demuestra para el comprador la suma de valor que el producto adquirido representa, y al vendedor la importancia de sus servicios. Por lo tanto; el aumento que en su valor han experimentado los productos gallegos, responde irremisiblemente á una de las causas arriba señaladas, no siendo ocioso en atención al movimiento favorable operado y del cual venimos ocupándonos, observar todas las evoluciones á que han de sujetarlos de vez en cuando las condiciones del mercado, éstas desde luego no muy favorables á causa de las malas relaciones del cambio.

Ante todo, debemos tener presente que, durante seis años, el valor de cierta clase de productos sufrió una baja de treinta por ciento, y que su utilidad ha por lo tanto disminuido en igual ó mayor cantidad, lo que demuestra no existir necesidad; pero semejante baja no es relativa á la falta del principal fundamento de valor, sino que lo es al cambio, siendo por consiguiente lícito pensar con Garnier, que el valor depende en parte de las funciones del cambio, ya que no en todo, como á nuestro juicio sostuvo infundadamente M. Carey, que dijo ser la causa única de aquél—el

trabajo cambiado. Esto no obstante, prosigamos nuestra tarea, ya que lo exigen así las actuales condiciones del mercado, las cuales, sin perjuicio de considerar la utilidad como la única medida del valor que esos representan, nos darán un punto de apoyo en el cual podamos escudarnos para creer que el cambio, por efecto de las continuas relaciones que mantiene, es una de las más esenciales causas que influyen en el alza.

Es sabido que dicho factor tiene su representación genuina, al par que su importancia, en la libertad, ley esta última que se encuentra representada por la demanda. Las tres primeras causas del valor están condensadas así mismo en las leyes de la demanda y oferta, como estas lo están en la primera. Todo trastorno en esta última, afecta por igual á las segundas y el de éstas á la utilidad y transmisibilidad que, en unión con el cambio, constituyen las tres primeras causas de que venimos ocupándonos. La verdad de este principio no solamente se demuestra analizando la causa segunda del valor, sino que también por el principio expuesto por Genovesi en su obra *Lecioni di economia civile* y que consiste en demostrar que, *las cosas que no tienen ningún valor son las que no satisfacen ninguna necesidad*, ó lo que es igual, no puede cambiarse, pues todo cambio ó demanda representa una utilidad pequeña ó grande, existente en el producto que se permuta.

Si procuramos ahora buscar las causas que originan la oferta y la demanda, no es difícil conocer las que producen el valor, pues tanto unas como otras, dependen de la necesidad que satisfacen los productos, y todas pueden estar representadas de un modo absoluto, por la invariable de utilidad. Esta afirmación reviste el carácter de una síntesis suprema, cuya demostración *á priori* la encontramos, bien considerando las dos leyes como las determinantes de éste, bien los resultados de la producción, pues en ambos casos dicha propiedad cualitativa aparece en ellas—y en particular en las dos primeras—ejerciéndolas funciones de un impulsor enérgico, cuya influencia sólo es permitido conocer cuando á la vez se conocen las condiciones que, según J. S. Mill, contribuyen á equilibrar la oferta y la demanda, y que no son otras que las resultantes de cambiar la mayoría de las cosas unas por otras en razón de los hechos de producción. Es lógico y prudente afirmar, pues, que la demanda y la oferta son una balanza cuyo fiel se inclina al lado D ó al

O, en razón del segundo fundamento del valor, y que semejante inclinación á cualesquiera de las dos letras no es permanente, debido al descenso ó ascenso de la *utilidad*, la cual indica el paso fatal de una ley á otra.

Este solo paso, á simple vista insignificante, trastorna de tal modo las relaciones, que el producto pierde la utilidad que tenía y contribuye á que la oferta sea la ley única que rija en el mercado. Además, la permutabilidad se paraliza, la transmisibilidad—condiciones esenciales del valor—se hace imposible, la necesidad cesa, los resultados de la producción disminuyen; y, la circulación de que habla Skarbeck, no se efectua, debido al trastorno existente en la marcha del cambio.

En atención á ésto, el principio de Garnier consistente en que, *el valor de un producto aumenta ó disminuye en razón directa de la demanda y de los resultados de producción, y en razón inversa de la oferta*, no puede ser más evidente, toda vez que en él se toma al cambio por la función única que, abriendo ancho campo á la circulación, contribuye á que la demanda imprima á los mismos mayor utilidad y apropiabilidad á la vez que, proporcionando á la producción medios de perfeccionamiento, favorece de un modo provechoso y eficaz las dos últimas propiedades del valor, sin las que no es posible exista, y las cuales se designan con el nombre de trabajo y servicios.

Estudiando ahora el *porqué* la demanda y la oferta condensan los tres primeros fundamentos del valor, observaremos que semejante designación responde á la circunstancia de que dichas leyes comprenden de un modo indeterminado las fluctuaciones que en los mercados sufre la utilidad, y, además, por representarse la estimabilidad que tienen los productos; sirviendo de brújula también para apreciar ó medir sin precisión de otro examen, la suma de necesidad que un objeto satisface.

Mas lo extraño del caso es el *porqué* siendo un producto objeto de la ley determinativa del valor, va paulatinamente pasando á la ley de la oferta, cuando las relaciones entre ambos centros (productor y consumidor) son perfectas. Una sola causa puede señalarse como el fundamento de semejante tránsito, fatal bajo todos los puntos de vista, y funestísimo por los incalculables perjuicios que ocasiona: esta es la irregularidad que se opera en la función del cambio, irregularidad que empieza en la baja del valor y termina en la pro-

ducción, privándola de muchas enérgicas fuerzas, de elementos poderosos, y haciendo que disminuya en una lamentable proporción. En efecto; el trastorno del cambio disminuye la circulación que tenían los productos, y es el fundamento de la falta de riqueza pues, según Skarbeck, "la riqueza nacional consiste, no solamente en la grande masa de valores que pueden producirse en un país, sino también en la circulación continua y rápida de los mismos." Según esto, no será obvio preguntar ¿cuáles son pues las que originaron la baja de algunos productos en los mercados gallegos? La respuesta, concretándonos á lo que resulta del estudio del valor tal como científicamente se halla expuesto, será la pérdida de utilidad; mas ésta no puede satisfacernos si nos fijamos en que los productos rigurosamente considerados no la perdieron por efecto de la producción, y que la baja fué debida á la dificultad que encontraron al efectuarse la transmisibilidad, segunda causa del valor, y á la falta de circulación. Estas dos causas es evidente que motivaron la oferta, ó lo que es igual, crearon la innecesidad de los productos; induciendo á creer que dicha baja resulta por lo tanto del exceso de utilidad, lo que tampoco es admisible, por comprender la cuarta y quinta de las condiciones que forman aquél. Nos queda, pues, la segunda y tercera, ó sean el cambio y la apropiabilidad, como las originarias de la baja que sufrió el valor; y, como las dos, por sus íntimas relaciones con las tres restantes parecen indicar que, sin el completo trastorno de todas, la depreciación en el mismo no puede efectuarse, es preciso investigar si puede ó no tener efecto con sólo el trastorno de una de ellas.

La esperiencia, con esa impasible lógica peculiar en todas las demostraciones que interviene, prueba que el complicado mecanismo del mundo económico sobre el cual giran, uniforme y regularmente, todos y cada uno de los distintos elementos que, á semejanza de ruedas engranadas, lo componen, una vez trastornado el más insignificante de los que contribuyen á imprimirle movimiento, el resto, ó sea el conjunto en general, va, reposada y paulatinamente, pasando del estado de actividad en que antes se encontraba, al triste, tristísimo, de quietud, cuando no de muerte. Y á esta paralización de todas las fuerzas económico-productivas que al dar su postrer movimiento, se las designa ya con el nombre de *crisis*, sucede la del instrumento universal del cambio, la de la mercancía por excelencia. De ver es, y digno de frecuente

y asidua observación, el tránsito fatal que se opera en el *todo* económico al trastornarse una de sus partes; la rápida y progresiva dispersión que se efectúa en sus fuerzas; el continuo descender de todos sus valores; porqué aquella sociabilidad de diversos productos, creados por el trabajo y movidos por el cambio, se convierten luego en elementos sin vida, inamovibles é inactivos.

He aquí la prueba por excelencia, la demostración más cumplida: trastornado el cambio, todo se trastorna; y las cinco causas del valor, que se representan por la oferta y la demanda; y los resultados de la producción, se debilitan instantáneamente. El solo estudio, pues, de lo que representa el cambio, sin entrar en la influencia que ejerce, hará comprender al más lego en las cuestiones de que venimos ocupándonos, que si bien no es como supuso Carey, la causa primordial del valor, es, después de la utilidad, la principal. A él debemos hoy el alza que se nota en los productos; á él también la baja que han sufrido durante seis años y que se elevó á 30 p 100; á él la superioridad actual de la demanda sobre la oferta, la apropiabilidad de que son objeto y que es patente muestra de la necesidad que satisfacen, el buen empleo de las fuerzas del productor, y en fin, otras no menos importantes. Mas, á pesar de este movimiento favorable, debido á la mayor ó menor libertad en el cambio, tememos que no sea más que transitorio. Abonan nuestros temores, la poca solidaridad que en el mercado existe, respecto á las relaciones del cambio.

RAMÓN FERNÁNDEZ VILA.

Lugo Marzo 1889.





CEMENTERIO DE MOMO

No son los muertos los que en dulce calma,
Tristes reposan en la tumba fría,
Muertos son los que tienen muerta el alma,
Y viven todavía.

L. M. DE LARRA.

Aquí yace un gran poeta
(Coronado esté de gloria).
Un ciego, reconocido,
Le consagra esta memoria.

Un severo magistrado,
De condición draconina,
Reposa aquí confiado
En la clemencia divina.

Aquí yace un suicida
Que se cansó de vivir,
Y suspiraba al morir
Por cien mil años de vida.

¡Una cruz sobre esta losa!
¡Pues si éste fué siempre ateo!
Mientras vivió, ya lo creo;
Pero muerto es otra cosa.

¡Oh que soberbio panteón!
Pues es el de un gran bribón.

Éste al sepulcro bajó
Entre sustos y reveses.
Jamás de España salió,
Y sin embargo, vivió
Rodeado siempre de ingleses.

Aquí yace D. Pegerto,
Hipócrita redomado.
¿Quién sabe si el muy taimado
Se estará fingiendo el muerto?

Éste ¡oh engaño cruel!
Creyó que la patria un día
Una estatua le alzaría,
Y nadie se acuerda de él.

Un prójimo aquí reposa
Que al ciento por ciento dió,
Y al morir, por fin mandó
Que á usuras se dé esta losa.

Aquí yace sepultada.....
¡Es mujer y está callada!

¿Quién yace aquí? ¡Ah! D. Pablo,
El cacique del lugar.
Escusado es el rezar,
Que se lo ha llevado el diablo.

Éste la vida pasó
Sin hacer ni mal ni bien.
Requiescat in pace. Amen.

Este otro no hizo otra cosa
Que comer lo que heredó.
Bien está bajo esta losa.

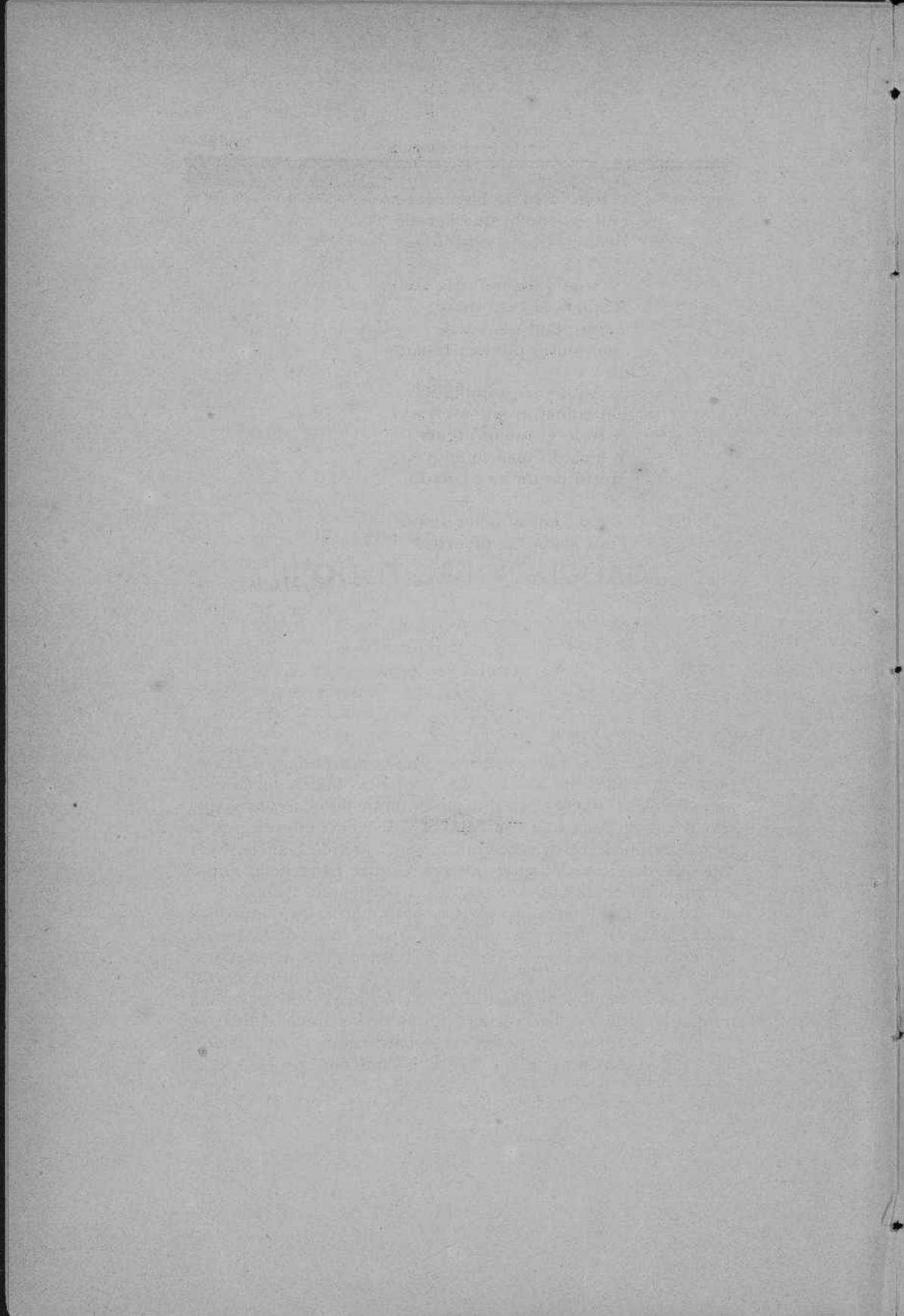
—
Aquí yace un estudiante,
A quien la tuna mató.
Tanto, tanto la corrió,
Que murió por ser tunante.

—
Aquí yace sepultado
Un valentón que aterrado
A todo el mundo tenía,
Y cuando más se engreía,
Murió de un aire colado.

—
Éste en un baile murió.
Pues señor, se divirtió!

M. MACÍAS.







GALICIA SOBRE TODO (1)

VII

Preciso es, queridos lectores, que comprendamos la importancia suma que los árboles y plantas tienen en la vida animal, los productos con que nos honran y los servicios que nos prestan, para que tomemos un decidido interés por la propagación de estos seres en nuestra querida Galicia, toda vez que de ellos depende nuestra propia existencia, como veremos en el trascurso de este mal pergeñado trabajo.

La admirable armonía de las leyes naturales concede á cada planta un clima apropiado en la superficie de la tierra, el cual determina los fenómenos metereológicos más favorables para su desarrollo. Así vemos que la agricultura cereal tiene sus condiciones climatológicas apropiadas en las zonas templadas, frías, y los lugares frescos de las zonas calientes.

En las regiones excesivamente ardientes ó demasiado frías, las yerbas no pueden resistir las extremadas tempera-

(1) V. el N.º 1-T.º III.

turas y disminuyen notablemente, aumentando los vegetales leñosos de más fuertes tejidos, capaces de resistir las elevaciones de temperatura, y las más delicadas vegetaciones no salen de las zonas templadas.

Son los árboles los agentes encargados de restablecer el equilibrio de la atmósfera, de conservarla y mantenerla en sus condiciones propias para que el hombre pueda respirarla sin perjuicio de su salud, suministrando los 160.000 millones de metros cúbicos que en cada año respira el género humano. Por consiguiente resulta que los vegetales no son simplemente un adorno en el planeta que habitamos, sino que desempeñan importantísimas funciones que constituyen las armonías de la naturaleza.

Respiran las plantas de un modo distinto y contrario al de los animales; porque éstos se apoderan del oxígeno de la atmósfera y lo exhalan convertido en una sustancia deletérea irrespirable, llamada ácido carbónico, mientras que las plantas se apoderan de este gas, le descomponen, se asimila con el carbono y devuelve al aire el principio vital, ó sea el oxígeno.

Resulta, por consiguiente, que los vegetales no sólo sirven en su mayor parte de alimento al hombre, sino que purifican la atmósfera en que viven, y son de absoluta necesidad para toda vida animal.

Las plantas nacen, se alimentan, crecen, se reproducen y mueren en un mismo sitio; porque carecen de los órganos de locomoción: las raíces las sujetan á la tierra; el tronco y ramas las hacen visibles sobre el suelo, las hojas las visten, las flores las adornan, y las semillas suministran los gérmenes de reproducción.

Proveen así mismo los árboles á la atmósfera de una gran cantidad de agua, que exalan por medio de la transpiración, la cual se verifica por el tronco y por las hojas.

Varios han sido los naturalistas que se han afanado en averiguar la cantidad de agua que cada planta exhala, y han observado que un árbol de regulares dimensiones exhala durante el día más de diez kilogramos de agua; así como cada pie cuadrado de una pradera evapora unos quinientos gramos próximamente en igual espacio de tiempo.

Por eso las plantas asociadas influyen poderosamente en el estado higrométrico de la atmósfera y por consiguiente de un país; porque roban al suelo la humedad y la depositan en la atmósfera.

Las observaciones hechas en Europa, Africa y América han demostrado que llueve más y con más frecuencia en los países poblados de árboles que en los que carecen de ellos, siendo rarísimas las lluvias en donde la vegetación escasea por completo, así como son también más frecuentes las tempestades, por la falta de arbolado que descomponga las nubes.

En fin, es tal la importancia que los árboles tienen, que se han visto secar por completo manantiales, después de cortados aquéllos, volviendo á reaparecer tan pronto nacieron otros nuevos.

Por lo tanto, sin árboles no hay agua, sin agua no hay vegetación y sin vejetación la vida animal no puede existir.

Por otra parte, sabemos que los terrenos superiores ó de buena calidad, con escasos cuidados que les prodiguemos, por pocos gastos que en ellos hagamos, nos rendirán abundantes y variadas producciones, mientras que los malos requieren mayores atenciones, no siempre posibles, ó nos exigen mayores gastos que muchas veces no compensan; y es necesario tener presente que en agricultura, lo mismo que en toda industria, lo primero que hay que resolver es el problema económico.

La especie de cada planta, así como cada una de las infinitas variedades que el cultivo ha producido, requieren determinadas condiciones de clima y terreno para prosperar; y hallándose éstas satisfechas, nos darán magníficos resultados; pero sucediendo lo contrario, toda vegetación será imposible, ó cuando más se presentará lánguida y raquítica, siendo necesario para normalizarla procurarles artificialmente las condiciones que ellas exigen y que la naturaleza las niega, unas veces formando abrigo que las protejan de los fríos, otras proporcionando la humedad que necesitan, y otras, en fin, adicionando abonos que compensen la falta de fertilidad del suelo y apelando á otros medios que favorezcan su desarrollo. Por eso es conveniente la plantación de árboles por la parte del Norte al lado de los sembrados, á fin de proporcionarles abrigo y frescura.

Debemos además tener presente que los árboles influyen notablemente en las condiciones físicas de un terreno, atendiendo á su situación, á la profundidad de la capa vegetal y á la constitución del subsuelo.

Las plantas herbáceas, si bien análogas á las leñosas en

sus funciones vegetativas, como seres de un mismo reino, se diferencian de ellas en muchas de sus condiciones de existencia; pues la menor consistencia de sus tejidos, su más pequeño desarrollo y su más breve duración en la mayor parte, dan lugar á que se las considere más sencillas y humildes, siendo esta sencillez la causa de precisas circunstancias de terreno más favorable para poder vegetar con lozanía, pues únicamente en la profundidad del suelo son menos exigentes que los árboles: así se comprende que éstos hagan salir á la superficie de la tierra la humedad que contiene en su interior por medio de sus profundas y variadas raíces.

Hay muchos terrenos en Galicia que ya por hallarse en sitios elevados ó formando rápidas pendientes, ya por abundar en ellos las rocas ó piedras, constituyendo extractos más ó menos impenetrables que harían muy costosas y quizá imposibles la preparación y continuas labores y cuidados que las plantas herbáceas requieren, sólo son apropósito y deben ocuparse por plantas leñosas; pues es evidente que la mayor longitud de sus raíces las hará avanzar á capas más inferiores, donde encontrarán el alimento y humedad de que con frecuencia carecen las superficies, y si bien es cierto necesitan mayor profundidad de terreno para extenderse, no exigen sea mullido y poco coherente; así como la rusticidad y consistencia de sus órganos en general, hacen que se resientan menos de ciertas influencias y determinadas privaciones. Por consiguiente podemos dedicar á los árboles las tierras más ingratas, obteniendo beneficios que antes no nos daban, consiguiendo al mismo tiempo mejorarlos en vez de esquilmarlos.

En los terrenos cretáceos ó demasiado secos, los árboles son los únicos vegetales que se acomodan; porque sacan sus raíces de capas profundas la humedad precisa á su existencia. Si por el contrario fuesen los terrenos húmedos ó pantanosos, pocas plantas herbáceas son las que les convienen, excepto las leñosas.

De todo lo cual se deduce bien claramente, que el cultivo de árboles es importantísimo bajo muy diferentes sentidos; pues además de mejorar las condiciones de salubridad de una comarca, pueden enriquecerla y hermosearla, contribuyendo á que las plantas herbáceas se desarrollen con lozanía. Si toda colectividad resulta beneficiada cuando sus individuos mejoran, con mayor razón toda nación ó país ganará con que aumenten su riqueza los habitantes que le constituyen,

no sólo atendiendo al bienestar general de sus individuos, sino por los mayores rendimientos que ésta proporciona al Tesoro público; y no puede dudarse que uno y otro tienen efecto en gran parte con la multiplicación de los vegetales leñosos, utilizando los terrenos más áridos y escabrosos.

¡Cuántos árboles se pierden de criar en muchas partes de nuestra región! ¡Cuántos montes completamente despoblados por falta de cuidado, tal vez por abandono ó por ignorancia, pudiendo estar cubiertos cuando menos de robles y extensos pinares.

Algunas comarcas he visto tan desprovistas de árboles, que, cuando más, sólo un alto pino levantaba majestuosamente la cabeza en medio de un montón de negruzcas castañas, á la vez que causaba tristeza la ausencia de toda clase de árboles en el visible y espacioso horizonte, pues las únicas flores que se veían en la primavera eran las de los tojos y retamas. Así en vano aquellos habitantes buscan sombra y frescura para sus campos en verano y abrigo en invierno, á parte de los demás beneficios; porque desprecian ó ignoran los grandes bienes y productos que nos ofrecen los bienhechores de la naturaleza.

VIII

Toda vez que hemos dado á conocer, aunque muy ligeramente, la importancia de los vegetales, peréceños conveniente decir algo acerca de los jardines y las flores, y llamar al mismo tiempo la atención de nuestros ilustrados lectores gallegos sobre la construcción de estos recreativos y útiles depósitos; pues si bien es cierto que no todos pueden disponer de sitios y demás circunstancias necesarias, también lo es que hay extensas comarcas en Galicia que dejan reflejar bien á las claras el descuido con que se mira esta parte de la agricultura.

Al asociarse los pueblos nómadas ó errantes, con el fin de defenderse y ayudarse mutuamente, regidos por costumbres más bien que por leyes; levantan sólidas viviendas y forman ciudades.

Al constituirse en sus nuevas moradas, pareciale estar en un desierto, porque les faltaba el grandioso espectáculo de

que su alma gozaba en otro tiempo; y, sin duda, de esta primitiva idea nació la resolución de formar al rededor de sus viviendas un campo en miniatura, y amontonar en él todas aquellas cosas que más les habían impresionado los sentidos. Las flores debían ocupar un lugar preferente entre aquel bosque artificial; porque regocijan la vista con sus variados colores, deleitan el olfato con sus delicados perfumes, y muchas tienen gran aplicación para la medicina. Además, las flores son en la naturaleza el símbolo de la procreación: representan la sexualidad, el amor y el fruto, germen de nuevas generaciones.

Los primeros jardines con que los hombres rodearon sus viviendas debieron ser una agrupación desordenada de plantas, sin método ni concierto, atendiendo quizá á las condiciones de utilidad y conveniencia, tomando como base los árboles de mayor provecho, siguiéndoles los menos importantes y las flores.

Este, pues, suponemos habrá sido el origen de los jardines, por lo que puede decirse que son tan antiguos como la sociedad, debiendo afirmarse que los progresos de la floricultura han ido en armonía con la civilización.

Dícese que en Asia, cuna y semillero del género humano, los jardines han tenido gran preponderancia, pues no había ciudad importante que no estuviese adornada con estos depósitos de flores, cual sucede hoy en la mayor parte de las poblaciones de alguna importancia, contribuyendo á su brillo la natural magnificencia de los árboles y de las flores.

Según nos cuenta la historia, Nínive fué tan hermosa por sus jardines como grande por su poder, y los jardines de Babilonia pasaban por una de las primeras maravillas del mundo. Los chinos, los hebreos y los egipcios también fueron muy aficionados á la formación de jardines.

Cuando Roma era imperio estaba cuajada de espléndidos jardines. España, aunque provincia romana, no le imitó por aquel entonces en esa parte de cultura, hasta que los árabes, en medio de terribles guerras y trastornos, nos inculcaron un esquisito gusto en la formación de jardines, lo mismo que en la construcción de esbeltos edificios.

Las flores, después de estar como adormecidas, se elevan airoso sobre sus flexibles y delgados apoyos para que el astro rey presida y favorezca con sus benéficos rayos las varias modificaciones que en ellas han de reproducirse; la corta existencia de estos delicados y hermosos seres como

adorno de los campos y jardines, indica bien claramente la especial constitución con que el Hacedor las dotó. Cuando se las atiende con esmero, prodigándolas toda clase de cuidados, pronto experimentan la necesidad de llenar cumplidamente la útil misión que les está directamente confiada en el armónico concierto del Universo.

La vida de las flores es notable por más de un concepto: ellas abren al aire sus blandos sépalos y pétalos, matizados estos últimos de inimitables colores, y desde este momento se disponen para el amor más silencioso.

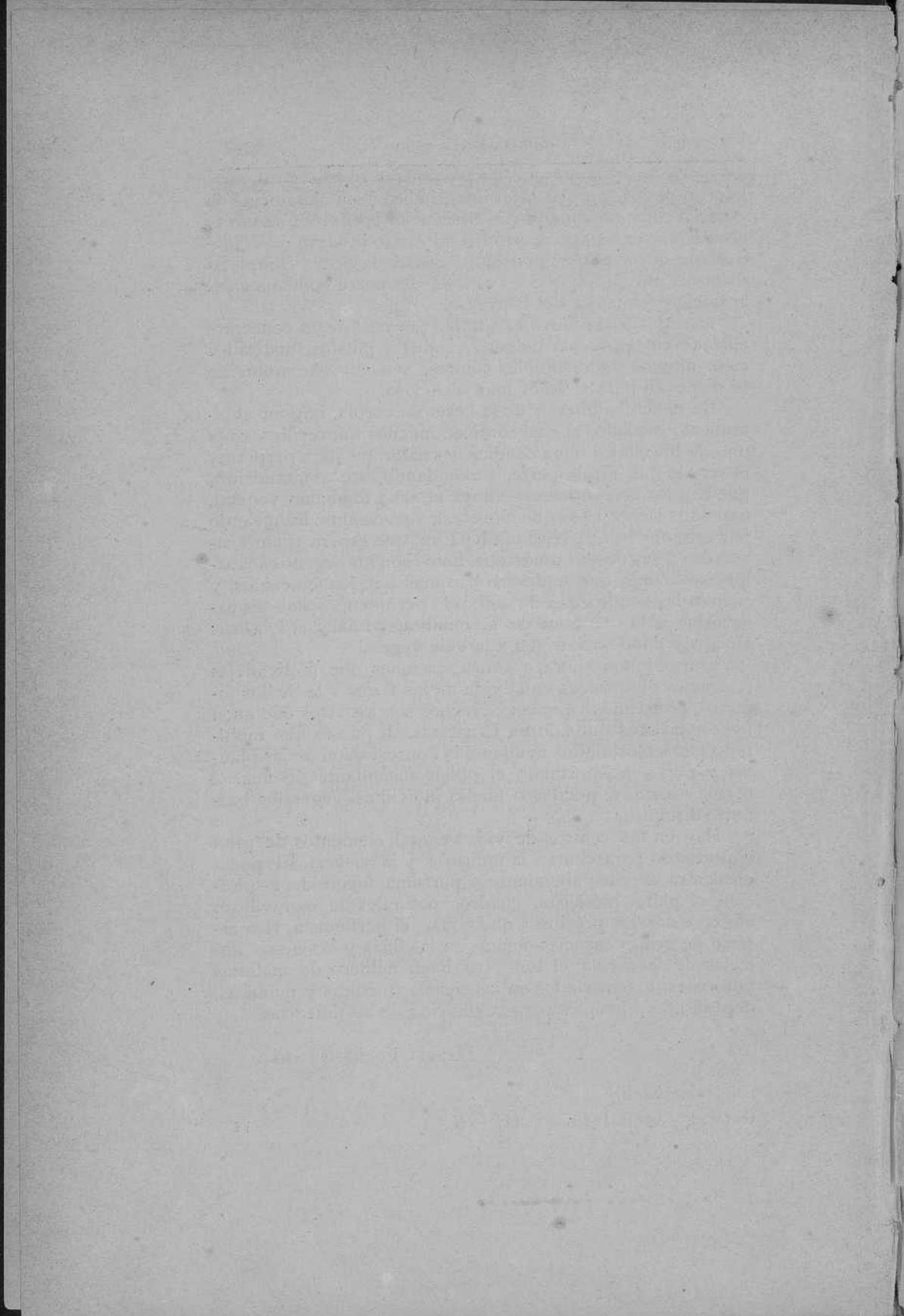
En el centro inferior de la hermosa corola, hay un abultamiento ovalado, el cual contiene muchos huevecillos, cada uno de los cuales tiene condiciones naturales para perpetuar el ser de que forma parte. Circundando este abultamiento, que con los accesorios constituye el sexo femenino vegetal, hay unos largos hilos que juguetean suavemente, lisonjeando por este medio á la recatada hembra, que espera verse acariciada en sus deseos amorosos. Estos son los órganos sexuales masculinos, que se desarrollan más que los femeninos, y cuando las condiciones de ambos lo permiten, oscilan sus cabezuelas sobre la boca de la hembra, comunicándola sus afectos y dando así origen á la vida vegetal.

Elevándonos ahora á consideraciones que motivan las relaciones observadas en la vida de las flores y la de los insectos, podríamos ver cuan estrechos son los lazos que unen los organismos que adorna la naturaleza, puesto que multitud de insectos alados ayudan á la conservación de las plantas y flores, trasportando el polen fecundante de unas á otras, casándose por cuyo medio individuos vegetales bastante distantes.

Hay en los centros de vida vegetal elementos de gran importancia para el arte, la industria y la ciencia. El poeta encuentra en ellos abundante y purísima fuente de inspiración; el pintor paisajista, cuadros naturales de maravilloso efecto y colores preciosos que imitar; el perfumista, rico arsenal de gratas esencias ocultas en las finas y hermosas hojuelas de la corola; el tintorero, buen número de materias tintoriales; los instruidos en las ciencias médicas y químicas, depósito de principios para la curación de las dolencias.

MANUEL FORMOSO LAMAS.

(Concluirá.)





¡MUERTO!..

A la memoria de un amigo

Pedí á los ojos lágrimas,
pedí á la mente ideas,
mas no brotó la fuente del consuelo,
ni hallé manera de expresar mi pena.

Buscándote doquier con febril ansia,
sobre el helado mármol de una tumba
vi grabado su nombre
por mano de las Musas.

Interrogué al pasado,
interrogué al presente,
y aquél me dijo que Joaquín vivía
y éste, cruel, no quiso responderme.

Para los que á las puertas de la vida
en su frente latir sienten el genio
es pequeña la tierra
por ser más grande el cielo.

R. PESQUEIRA CRESPO.

1870

GENERAL INSTRUCTIONS

The following instructions are intended to guide the student in the study of the subject of the course. It is the duty of the student to read and understand the instructions and to follow them carefully. The student should also be prepared to discuss the instructions and to answer questions on them. The student should also be prepared to give a short paper on the subject of the course. The student should also be prepared to give a short paper on the subject of the course. The student should also be prepared to give a short paper on the subject of the course.



LA MENSAJERA DE LA MUERTE

(Leyenda galaica)

I.

Con la palidez y las lágrimas en el rostro, y con el dolor y la amargura en el corazón, una dama de negras vestiduras, cabalgando en brioso corcel y seguida de un joven escudero, mas bien volaba que corría por el camino que, desde las tierras castellanas, conducía á la ciudad Mindoniense, último asilo en aquel tiempo de las franquicias populares.

Parecía la dama un fantasma de oscura niebla, arrebatado en alas de la tempestad, ó un espectro que, huyendo de la tumba, fuese agitando en el viento los negros girones de una túnica mortuoria. Los pliegues del vestido que estremecía el aire, la enlutada toca desprendida de las sienes, los cabellos en desorden y la velocidad de la carrera, todo contribuía á dar á aquella mujer el aspecto de una aparición fúnebre.

Por otra parte, la naturaleza, cual llorosa viuda del amor, reclinada sobre un lecho de flores marchitas, pretendía dormir entre las lágrimas del rocío y los menudos copos de nieve de una triste mañana de invierno.

Los árboles, desprovistos de sus hojas, como los corazo-

nes secos, desprovistos de la ilusión y de la esperanza; un sol naciente, tímido y medio oculto entre densos nubarrones, cual el pensamiento de un agonizante luchando con el último crepúsculo de la vida; los campos exentos de vigor y lozanía como los desiertos de arena sin yerbas y sin rosas; una montaña escabrosa y un castillo medio derruido y teñido todavía con la sangre del reciente combate, formaban los melancólicos detalles de un cuadro de dolor, en el que se destacaba majestuosamente la figura de aquella dama negra, cual en un cielo aplomado y oscuro se destaca el negro vapor de la tempestuosa nube.

Era el 17 de Diciembre de 1483, y, como si en aquel día funesto la enlutada dama tuviese que convertirse en genio de la tempestad, volaba arrastrada por el brioso corcel que, con su carrera, parecía desafiar la velocidad del rayo y de los huracanes.

Mas, al pasar cerca de una miserable choza de pastores, un labrador que esperaba á la dama negra, la preguntó con ansiedad:

—¿Que traéis?...

—¡El perdón!... contestó sin detenerse aquella mujer.

—¡Corred, Señora, que salvais las libertades de la patria!!....

Y después, mas lejos, se oyó la voz de otro campesino que gritaba así:

—¡Corred, Señora, que salvais la independendencia de Galicia!!...

II.

Y el corcel continuaba su vertiginosa carrera...

Entonces el escudero, rendido de fatiga y que ya apenas podía contener su desbocado alazán, dijo con entrecortada frase:

—Se nos persigue ó alguien quiere adelantarnos en el camino... Mirad hacia la derecha.

La dama volvió la cabeza en la dirección indicada por el pajecillo y, en efecto, vió que un hombre iba trepando ágilmente por un escabroso sendero, con el ánimo de ocupar cuanto más antes la cima de una montaña.

—Ese hombre es un espía ó un traidor..... Llegemos al mismo tiempo que él á la cumbre y reconozcámosle.

Y en pocos minutos la Señora y el paje subieron á la altura, en el instante que el desconocido viajero acababa de aparecer entre las rocas y matorrales que se hallaban á la orilla del camino.

Apenas la dama negra lanzó una mirada sobre aquel hombre, exclamó con mal reprimido enojo y deteniéndose un corto intervalo:

¡Alonso Yañez!..... ¡Alonso Yañez!.... En vuestro mismo domicilio de Castro de Oro, se entregó al verdugo la mejor cabeza de Galicia, y aun os atreveis á poner os en mi presencia!!.... ¡Atrás el miserable que no tuvo sangre en las venas para derramarla en defensa de su honra y de su Señor!!.....

—No soy yo lo que decís, contestó el desconocido.

Y aquella mujer, agitando un látigo en la mano, cruzó con él la cara del viajero, el cual, lanzando un grito de dolor, cayó de espaldas sobre los abrojos del monte.

Después la dama negra siguió su rápida carrera, como si fuese tan misteriosa enlutada un genio de los aires que volase en alas de un torbellino, ó una paloma mensajera que, al término de un prolongado viaje, fuese á caer, muerta de fatiga, al pie del viejo torreón en donde se hallase oculto el nido de sus primeros amores y de su última esperanza!!...

III.

Ya se divisaban las elevadas torres de la ciudad Mindoniense, y la dama y su escudero no cesaban de galopar, cuando he aquí que, en medio del camino y bastante próximos á la población, vieron algunos hombres con trajes talarés, que parecían intentar cortar el paso á los expedicionarios.

—Que gentes son aquéllas? preguntó la dama.

—Son sacerdotes... son canónigos de Mondoñedo que vendrán á pasearse, contestó el pajecillo.

—¡Alto!... ¡deteneos! gritaron los clérigos á una voz.

—¡Atrás!—dijo la dama negra.

—Mirad lo que hacéis... Vais á atropellar á los ministros de la Iglesia.

—De mi carrera pende la libertad de mi patria.

—Y de nuestras vidas la religión y el trono.

—No os estralimitéis de vuestras atribuciones y os respetaré.

Encabritáronse los caballos, estrechados por aquellas gentes, y se detuvieron con impaciencia.

—Que exigís de mí?... interrogó la enlutada.

—Sois vos la esposa del Mariscal? dijo uno de los canónigos.

—Si lo soy.

—¿Hallaríais tal vez un correo que dice trae un pliego del rey, perdonando la vida á los mismos caudillos que han sembrado la cizaña en la Nación?...

—Miente quien tal habla. Ni mi esposo ni mi hijo, condenados hoy á muerte, han hecho otra cosa que defender la honra de Galicia. Ese correo porque preguntais soy yo misma. El Rey me ha dado un mensaje y este papel para arrancar dos victimas inocentes de las manos del verdugo.

Y la dama presentó un pliego á los circunstantes.

—Mucha confianza os inspira vuestra causa, y debierais de tener presente —replicó el clérigo— que vuestro esposo después de tiranizar al pueblo como lo hicieron el Conde de Andrade, el de Altamira y Sanchez de Ulloa, y después de correr el riesgo de las luchas, unas veces por Doña Isabel y otras por *la Beltraneja*, se valió de los *hermandinos* para sembrar el terror en esta comarca.

—Si; pero una vez sofocadas tantas revueltas, supo sostener él solo con energía, durante tres años, el pendón de la ley y de la nacionalidad galáica; y ni los ataques de Ladrón de Guevara en Vivero, ni la demolición de baluartes y castillos, pudieran abatir su entereza y dar lugar á que se le condenara á muerte en Santiago, si el bastardo de Mudarra no acudiese al soborno y no tomase por traición la fortaleza de *Fronseira*, para prender más tarde al Mariscal en la casa de Alonso Yañez..... pero observo, señores canónigos, que habeis intentado distraerme de mi cometido... ¡Abridme paso!...

—Esperad un solo momento...

—¡Atrás!.. ¡Atrás!...

Y aguijoneando los caballos, la Señora y su escudero iban á lanzarse á la carrera, cuando en las torres de la ciudad doblaron las campanas un toque de agonía.

El rostro de aquella mujer se cubrió de la palidez de la

muerte y dejando escapar del pecho un gemido de dolor, exclamó:

—¡Dios mío!!.. ¡Esas campanas me anuncian la proximidad del suplicio!!... Canónigos de Mondoñedo... Me habeis herido en lo mas profundo del alma!!..

Y atropellando con el corcel cuanto á su paso se opuso, la dama negra aterrorizada, triste como un cadáver, con los ojos ensangrentados y con un pliego en la mano, echó á correr gritando como una loca:

—¡El perdón!!.. ¡El perdón!!..

Mientras tanto las campanas doblaban pausadamente el toque de los moribundos.

La dama llegó á la Ciudad; atravesó á galope sus calles silenciosas y, con la velocidad del rayo, corrió hacia el sitio en donde un mar de cabezas humanas rodeaba las gradas de un patíbulo.

Una exclamación horrible de la multitud acogió la presencia de la enlutada.

—¡El perdón!!.. ¡El perdón!!.. dijo aquella mujer.

—Tarde llegais—contestó el verdugo desde el cadalso.

—El mariscal Pedro Pardo de Cela y su hijo han muerto hace un instante. Si de orden del Monarca erais *la mensajera de sus vidas*, podeis volver á la Corte y decir al Rey que ahora sois *la mensajera de la muerte!*

Temblando de terror, la dama alzó los ojos hacia el patíbulo y, dando un grito con todas las fuerzas del alma, contempló allí dos cadáveres!.. Llevóse después la mano al pecho, cual si quisiese sujetar el corazón despedazado de dolor, y, dirigiéndose al pueblo, exclamó:

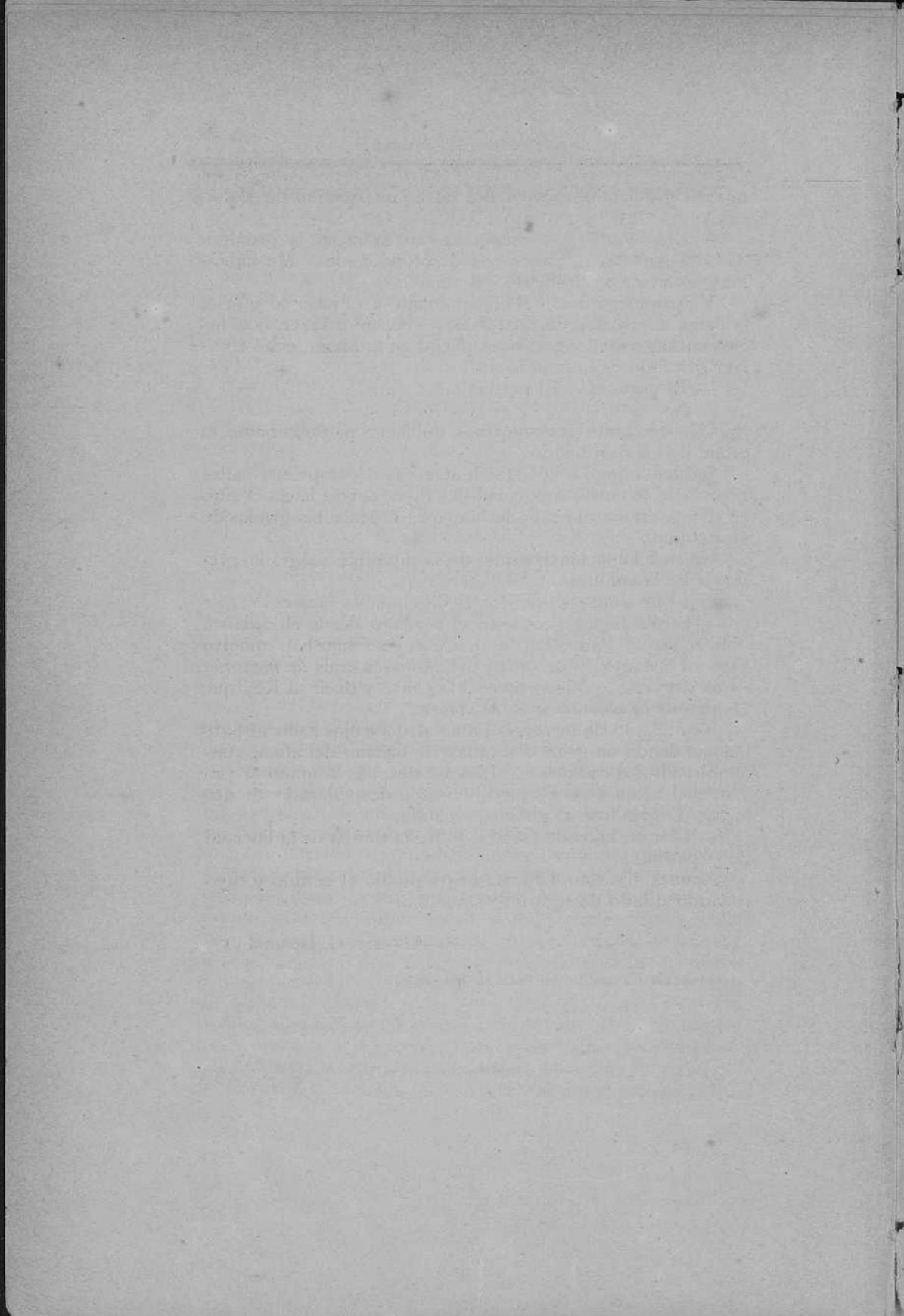
—¡Llorad, hijos de Galicia, sobre la tumba de la libertad de la patria!!..

Apenas dijo esto, la dama negra perdió el sentido y cayó rodando al lado de su brioso corcel!!....

ALFREDO G. DÓRIGA.

(Cercanías del Castillo del Valle de Oro.—1889.)







¡QUIÉN FUERA LIBRE! (a)

Carolina tenía dieciocho años.

Era una huri, un angel ó poco menos, que con sus trenzas de oro claro, anudadas sobre la frente y su sonrisa, parecía formar en el surco de sus dientes una cosecha de encantos: ¡y qué adorable criatura era con su vestido de *sanglier* acresponado, bajo su elegante sombrero de paja nutria, sobre el cual tres cerezas menos rojas que sus labios se movían jugueteando continuamente!

Con su rostro bellísimo y encantador de niña, sus risueños ojos llenos de cielo y de atracciones de imán, que arrojaban miradas capaces de conmover á un ermitaño, que llevase ya un cuarto de siglo entregado á la más rigurosa penitencia, como diría Sagra; su garganta bien modelada que se dejaba ver cuando hacía un gracioso movimiento con su brazo, la blancura de sus brillantes y diminutos dientes, un pie coquetón que se asomaba bajo la falda maravillosamen-

(^a) A mi estimada amiga la laureada poetisa gallega, Señorita Filomena Dato Muruais.

te bella, frente pura y tersa, largas pestañas, cintura de palmera, su modo de andar ondulante, dotada de una voz tan dulce y de un cutis tan transparente y delicado, que se veían las venas azuladas con sorprendente limpidez.....

¿Quién no profesaría con ceguedad un afecto entrañable, á este verdadero prodigio de bellezas, flor bañada por los rayos del sol naciente; fibra más sonora de un corazón enamorado, con canciones y con rosas á la manera del inmortal Siracusauo?

Por mi parte, puedo decir que estaba endiabladamente enamorado de esta pequeña hada.

Carolina, formaba parte de una compañía lírico-dramática, y si bien se distinguía en la declamación, como cantante obtendría ovaciones sin cuento, si el estudio viniera en su auxilio; porque no sólo cantaba con gusto, sino también con afinación y no aparecía en escena lánguida y monótona como muchas actrices que he conocido.

En las dos series de funciones teatrales que en la temporada de verano ha dado la Empresa, la he contemplado tético y sombrío, ora en los ensayos del apunte, ora desde las obras del tranvía á Marín, echando una ojeadita de soslayo para el Hotel, bien desde el anfiteatro, provisto del oportuno gemelo, fijo siempre en la actriz, que se hallaba envuelta en su fresca *toilette* de "ramages," en una primavera fantástica de caprichosas florecencias.

¡Si ustedés la vieran en *La Gran Via!* Con qué desenfado desempeñó Carolina la calle de la Libertad, de Madrid, vistiendo elegantemente un rico traje, con las cadenas rotas como atributo de los romanos, en completa desnudez sus brazos, que eran extremadamente blancos, y con su cabellera artísticamente peinada que se deslizaba en graciosas ondas por su robusta espalda.

Yo moría de entusiasmo, sentía una emoción indecible, que sé yó; pero me moría.

¿Porqué?

Porque se sonreía furtivamente al notar mi retozona risa; porque á mi sonrisa gachona, contestaba ella con otra más dulce.

.....

Por fin un día, la pinté mi pasión, y Carolina, apartando de su frente las melenas que á uno y otro lado le caían en rizados mechones, me dijo, con una voz apagada y débil:

—No tendría inconveniente; pero ¡caballero, estoy casada!

—¡Usted casada! repliqué yo muy anonadado, pues señora... ¡yo también!

LOCURAS (*)

Pepito Gutierrez era aficionado á los merengues, de una manera extraordinaria. Segun él, echaba al cinto, por hora, una bandeja de ellos.

¡Los merengues se van sin saber como! solía decir. Así es que esta pícara afición le tiene causado tantas desazones como al D. Nemesio de *El Sombrero de Copa* le causan sus obsequios á Rosita.

Y á Pepito le sucedía una cosa particularísima. Era ésta que los merengues le parecían más dulces cuando los devoraba á presencia de un numeroso público.

Figúrense ustedes la locura de este muchacho, que en un paseo de la Alameda, hallándose sentado junto á mí—porque ahora es moda exhibirse—sin prever que la gente lo observaba, sacó del bolsillo de la americana dos merengues, que en nn principio me parecieron huevos de gallina... y se los pasó al estómago con suma facilidad.

A causa de los merengues ha tenido Pepito innumerables aventuras. Sabido es que el merengue es el dulce más apropiado para escitar la sed. Pues bien;—ustedes no lo querrán ereer, pero es muy cierto—una noche quedé estupefacto al ver que Pepito tomaba baños de cabeza en pleno invierno, y con la circunstancia agravante de ser en el pilón del jardín de la Alameda.

Aquella noche no fué Pepito á casa: chorreando agua paseó la calle Real y adyacentes, de arriba á bajo, hasta que

(*) A mi distinguido amigo é ilustrado escritor Don Andrés Martínez Salazar.

la confitería de Pedrosa se habrió al público, y luego... luego reincidió en el pecado.

—Es una costumbre como otra cualquiera; decía Pepito, y le sobraba razón.

Por la costumbre, va uno al café, asiste al teatro, frecuenta los paseos y... hasta empeña la capa cuando más la necesita.

Por ella también comemos, y esta costumbre es la que considero más absurda.

Razón tenía un apreciable escritor, al sostener que el hombre es un animal de costumbres.

Pero ¡canario! ¿á donde voy yó con las costumbres? No divaguemos y prosigamos.

Aunque no tanto como los merengues, también le gustaban á Pepito las mujeres, y esto nada tiene de extraño, siendo el amor el mayor bien del mundo, según George.

Nuestro héroe tenía relaciones con una muchacha, hija de un ex-comisionado de apremio, que era respecto de él así como... el reverso de la medalla.

De mediana estatura, de cuerpo esbelto—como el tronco de un roble,—algo coja, bastante vizeca y superabundantemente corta de oído. En fin una muchacha *divina*.

A mí, ¿que quieren Vds. que les diga? nunca me entró por el ojo derecho, ni por ningún otro ojo.

Este *pedazo de cielo* que, como lista, era más que Cánovas del Castillo—de soltero—obsequiaba á Pepito todas las tardes con un plato de merengues, y naturalmente con atenciones tales, cayó el pobre chico en el garlito.

Un día lo encontré desesperado.

Empezó por darme cuenta de su desdichado enlace, y luego muy excitado me pregunta.

—Qué hago yó?

Iba á decirle que tomase una disolución de fósforos; pero le dejé con la palabra en la boca, porque estoy convencido de que, como muy bien demostró el joven literato Don Torcuato Ulloa, no debe meterse uno en *interioridades*.

Ayer supe que Pepito juró no probar más merengues, única causa que en él influyó para unir su suerte á aquel fenómeno.

¡A donde lo ha llevado su locura!

RAMIRO VIEIRA DURAN



LA CUEVA DE LA DONCELLA (1)

IV

Era la víspera de San Juan, y ocupábanse los marineros en disponer lo conveniente para celebrar á la noche la popular verbena. Veíase sobre la playa, hacinada en pilas, la leña que había de alimentar las fogatas: obstruía la gente de mar los agujeros de las paredes de sus casas con ramos de torbisco, y colgaba de las ventanas ramas de olivo y laurel, benditas en el domingo que antecede á Semana Santa, á guisa de amuletos que preservaran las viviendas del acceso de las brujas, las cuales habían de pasar montadas en sendas escobas á celebrar el nocturno aquelarre en la morisca Sevilla; preparábanse, los niños para romper, á la noche, el milagroso huevo de gallina, ganosos de ver convertida, á la mañana siguiente, la yema en un barco, y la clara en velamen; y las complacientes madres afanábanse por recoger en el valle, sino la blanca verbena, aromáticas plantas y flores para saturar de sus fragantes esencias el agua en que habían de lavarse sus hijos el día del santo querido.

Marta, con objeto de procurarse dichas plantas, salió

(1) V. pág. 111.

acompañada de Pablo y de María, al declinar la tarde, en dirección al pintoresco valle que se extiende por la parte sur del puerto, cual muelle y verde alfombra bordada de gayas flores. Encamináronse por las pintorescas riberas del caudaloso Landro, cubiertas por frondosos árboles que entrelazaban á trechos sus ramas, como entrelazan aún, de una á otra margen, é hicieron al fin alto en un pequeño huerto circuido por una débil tapia, en el cual huerto abundaban el tomillo, el romero, la malva, la amenta y otras plantas y flores de aroma delicado. Entró Marta en este huertecito delicioso, que formaba parte de su exiguo patrimonio, y se quedaron fuera María y Pablo, quienes concluyeron por sentarse sobre un tronco de abedul próximo al borde del río. Ni Pablo y María veían á Marta, ni ésta era vista por aquéllos, á causa de interponerse la tapia; pero las distancias que les separaban eran tan cortas que podían oirse unos á otros sin esforzar la voz; circunstancia que pasó inadvertida á ambos jóvenes por efecto de la emoción que les embargaba.

Era á la sazón la hora misteriosa en que los amantes suspiran sobre la ribera solitaria, los jóvenes enamorados creen en sus juramentos, y las almas á las cuales afligen los infortunios, se comunican sus cuitas y dolores.

Avecinábase el crepúsculo: la casta Diosa, que preside desde su celeste trono el movimiento de las mareas, comenzaba á asomar por los balcones de oriente y se apercibía á reemplazar con su luz melancólica la espirante luz de la tarde: las aguas del transparente Landro discurrían sobre las guijas y arenas de su profundo lecho con grato murmurio, dejando ver la ágil trucha que, ligera como la saeta, cruzaba de vez en cuando aquel cristalino palacio: el viento había encalmado y sólo brisas ligeras movían lentamente las hojas de los árboles ó traían el apagado chirrido del vehículo de acarreo que cruzaba á lo lejos: cerníanse, en suma, sobre este lugar solitario de quietud, el reposo y el silencio.

Pablo y María sentíanse fascinados ante esta plácida calma de la naturaleza, que formaba sorprendente contraste con la porfiada lucha que el amor, la gratitud y los filiales deberes reñían en sus corazones.

Allí se encontraban solos, sin testigos, fuera de la presencia de Marta; y, sin embargo, no acertaban á hablar, tornábanse sus labios rebeldes á los impulsos del deseo, recelaban, en una palabra, romper el silencio, turbar la calma que preceden á las tempestades del alma.

Al fin Pablo se decidió á hablar, en la creencia de no ser oído por Marta, á la cual suponía muy ocupada en su afanosa labor.

—María ¡compañera del alma! hace algún tiempo que me atormenta una idea y sólo tú puedes calmar mi ansiedad y satisfacer mis dudas. Temo llegue un día en que concluyas por separarte para siempre de mi lado, ó por tu espontáneo deseo, ó por que te compelan á hacerlo. Este temor me preocupa las más de las veces, y llena mi corazón de honda amargura, por que presiento que tu ausencia causaría á la postre mi desdicha.

—Cavilaciones tuyas son esas, Pablo amigo. ¿Por qué abrigas ese temor? ¿Por qué he de separarme ó han de separarme de tu lado, cuando los lazos casi fraternales que á ti me unen aprisionan mi corazón con dulces cadenas? ¡Ya quisieran todos los cautivos del mundo tener, cual yo tengo, por calabozo la hermosa casita que nos alberga, y por guardianes á unas personas tan bondadosas como tus honrados padres! Desecha, pues, tus infundados recelos: viviremos juntos como hasta aquí para hacer llevadera la vejez á los seres que te han dado la existencia y que han sido para mi unos verdaderos padres.

—Pues precisamente, María, mis padres son los que traen nuestra separación y tu no debes ignorarlo.

—Si que lo ignoro; pero aun suponiendo que sea cierto lo que dices, tus padres estarían en su derecho al intimarme la salida de su casa, en la cual soy una advenediza. Harto me han colmado de favores, á los cuales quizá no corresponda hoy con la inmensa gratitud que debiera hacerlo.

Y dijo esto último con una marcada intención, que no pasó desapercibida para Pablo. Mas este no se dió por aludido, y prosiguió ocupándose en la que más le convenía.

—Dices que ignoras que nuestros padres ideen nuestra separación y, sin embargo, debías saberlo; ó sospecharlo al menos. ¿No te propusieron que te casaras con Alfonso?

—Te lo concedo por un momento. ¿Y que habría en eso de reprochable para tus buenos padres? Tal proposición revelarí, en todo caso, que ellos se interesaban por mi porvenir y que trataban de asegurarlo casándome con un joven honrado y de regular posición.

—¿Con que luego es cierto que te propusieron ese enlace con mi irreconciliable adversario? ¿Y tú me lo ocultaste? ¿Y tú nada me dijiste? ¡Oh Dios mio! ¡Y cuan en lo cierto

están los que aseguran que el corazón no se engaña en sus presentimientos!

—No concibo, Pablo, tu enojo. ¡Cuán diferente eres de mí! Observo que en tu corazón, tan bondadoso y noble, va haciendo su camino de algún tiempo á esta parte un si no es de egoísmo. Tu corazón se subleva ante la idea de que me hayan propuesto un casamiento con determinada persona. Yo, por el contrario, me identifico tanto con tu dicha, que si el día de mañana encontraras una joven que llenara las aspiraciones de tu alma, y la tomases por esposa, te vería partir con pena ¡porqué negarlo! pero me resignaría ante la idea de que esa mujer colmaba tu felicidad y te hacía venturoso. Te lo digo para que consideres cuán grande es el amor que te profeso y cuán por encima está del que yo te inspiro. Tu cariño hacia mí tiene sus dejes de egoísmo: en tanto el que yo siento por tí raya en la abnegación y en el sacrificio.

—¡Oh! no puede ser cierto lo que acabas de decirme por que, en ese caso, tus palabras revelarían una evasión hipócrita en la pregunta que acabo de hacerte; y esa evasión vendría á evidenciarme no sólo que mis padres te propusieron dieses tu mano á Alfonso, sino que tu te resuelves á hacerlo ó por amor á éste, ó por no contrariar los deseos de aquéllos. Dicesme que, si yo me casase con otra mujer, te resignarías á verme partir de tu lado. ¡Cuán diferente es, con efecto, tu amor del mío! Yo siento aquí—y puso la mano sobre el corazón—una pasión tan grande é inmensa que no me cabe dentro del corazón y que temo concluya por hacerlo estallar. Así es que tu ausencia engendraría en mi alma, primero, el vacío, y luego, la muerte.

—Me ofendes Pablo con tus sospechas, ó con tus celos, mejor dicho; porque no puedo creer que tú, que has sido y continuas siendo mi compañero de hogar, desde la infancia, y mi hermano del alma, cometas la injusticia de juzgarme una joven veleidosa y tornadiza, que toma y deja corazones, como se toman y dejan las conchas que el mar impele sobre la playa. Cuando en mi corazón alienta un afecto, no llega á extinguirse jamás; y si es cierto que allá arriba se continua amando, este afecto, al extinguirse mi vida, se transformará por venturosa manera, y, libre de las ligaduras que le encadenan á la tierra, revivirá más puro en el cielo, patria de los desgraciados, en esa feliz mansión que habita mi querida é infortunada madre. No confundas, por piedad, la abnegación

y el sacrificio que levantan y subliman el alma, con la deslealtad y la inconstancia que la afrentan y afean.

—María será cierto lo que dices; más yo en mi rudeza de marino entiendo que necesitas, para sincerarte de tus palabras, decirme terminantemente si estás ó no dispuesta á casarte con Alfonso. Yo te pido, te exijo más bien, esta declaración, porque si concluyes por darle tu mano, en ese caso, ó él ó yo estaremos de más en el mundo.

Y dijo esto último con un acento de tan firme resolución, que concluyó por hacer estremecer á María, la cual dijo al punto:

—¡Santo cielo! ¿que oigo! ¿que es lo que has dicho? Serías capaz de cometer un crimen? ¡ah! no... no lo creo. Semejante suposición no se aviene con tu honradez, con tu natural bondadoso y humano, con tu corazón noble y compasivo.

—Cierto es que soy de un natural bondadoso. Ya sabes, María, que mi corazón, por más que me esté mal el decirlo, es bravo y valeroso, se crece con los peligros, pero se quebranta y conmueve ante las desdichas humanas. En los supremos momentos en que el viento ruge con furia, las olas del mar elevan sus movibles y encrespadas cimas, mi frágil lancha cabecea cual un juguete manejado por las manos de gigantes, y el relámpago rasga el oscuro horizonte, yo opongo al corage de los elementos que se desencadenan en torno de mí, el corage de mi alma, y me siento con un valor del que no acierto á darme cuenta.

—Lo sé, Pablo, por mi desgracia. Frecuentes sustos me han dado los riesgos que llevas corrido en el mar.

—Mas en tierra y en mi normal estado soy otro hombre. Mi sensibilidad es tan exquisita que me causa profundo horror no sólo la efusión de sangre humana, sino que también ver sufrir al más despreciable animal. Sabes que en las inmediaciones del puerto mora un hidalgo que se dedica á cazar.

—Si: lo hace por recreo y pasatiempo; pero con desmedida afición.

—Pues bien: cuando pone en el arco la acerada flecha y ésta parte, hendiendo los aires, y va á clavarse en el javalí, al contemplar su herido lomo y la sangre que fluye de la bravía res, experimento una sensación penosa, y mi vista se aparta con repugnancia de semejante cuadro.

—Idéntica aversión me inspira tal espectáculo.

—Es más: cuando ese hidalgo se ejercita en la cetrería me acontece lo mismo. Coge el hermoso halcón y le suelta, después de despojarle del capirote: entonces el alado cazador se remonta agitando sus cascabeles, lánzase sobre la tímida avecilla, la ase con sus garras, y la mata. Yó, al ver la espirante víctima y al oír sus quejidos, me siento desfallecer, cual si experimentase el dolor que la aqueja en sus postimerías.

—No me engañaba al creer que tu noble corazón es incapaz de atentar á la vida de un hombre.

—Sí; pero al considerar que un hombre, llámese Alfonso ó como se llame, puede arrebatarme tu amor, sube á mi cerebro una ola de sangre, mi razón se turba, mi alma se endurece, y concluyo por creer que, si eso aconteciera, retara á ese hombre, aunque no soy hidalgo y, en lid noble y abierta, ó él me arrancaría la existencia ó yo á él mil vidas que tuviera.

—¡Nada de sangre, Pablo mío! si yo viera tus manos teñidas en ella, me moriría de dolor, y lo mismo tus padres.

—Porque yo te amo, María, con un amor infinito como la mar en que vivo á la continua, con un amor, repito, que es, cual esa mar, sosegado y sereno en los días de calma y de bonanza; pero que se solivianta y ruge cuando los vientos de los celos y de las contrariedades se desatan y se desencadenan. Es la vez primera que te declaro este amor; después de todo, no necesitaba declarártelo. Mis miradas, mis anhelos, mis suspiros, mis alternativas de alegría y de tristeza, mi rubor, mi habitual emoción, y mis insinuaciones tímidas ya te lo habían revelado mucho antes de ahora por modo más elocuente que pudiera hacerlo mi torpe labio, mi limitada inteligencia, cuya rudeza contrasta con la instrucción que ha llevado á la tuya el padre José. Y cuando siento esta pasión en que me abraso y me consumo ¿es posible María, que tú intentes reducirla á pavesas por plegarte á las exigencias de mis padres?

Entonces María, que iba enterneciéndose á medida que Pablo se exaltaba, depuso la prudente reserva en que se mantuviera por no caldear más el corazón del enamorado mancebo, y dijo:

—¡Pablo del alma! ¿cómo has podido imaginar que yo te substituyera en mi afecto por otro hombre? Ni he apalabrado mi boda con Alfonso por mediación de tus padres, ni he dejado de amarte un solo instante.

—Pues si no has dejado de amarme un solo instante, yo te encarezco, yo te ruego, yo te suplico que accedas á unirme á mi, cuanto antes, con los santos vínculos del matrimonio.

—Yo te pido, Pablo, á mi vez, un aplazamiento en tanto no contemos con el consentimiento de tus padres y con el beneplácito del padre José. Tus padres se oponen por hoy, al menos, á nuestro enlace. Si me quieres tanto como acabas de manifestarme, y yo no dudo un sólo momento, no me pongas en el trance duro de corresponder con la más negra ingratitud á los que me han dispensado tantas bondades. ¿Que se diría de mí si tal cosa hiciese?

—Observo, María, con sentimiento, que volvemos al punto de partida; que comienzo á perder el terreno que gané hace poco. Suponte que mis padres se obstinan en negarnos su consentimiento ¿Qué hacemos? ¿Renunciamos á nuestro amor? Imposible, al menos por mi parte. ¿Continuamos amándonos sin esperanza de unir nuestros destinos? No concibo que el amor pueda sostenerse sin la esperanza de llegar á su fin. ¿Qué hacemos, pues, María, en el caso de que mis padres no depongan su resistente actitud? Contéstame.

María calló y bajó los ojos, cual si nada tuviese que objetar á Pablo, y éste, creciéndose entonces con el silencio de aquélla, continuó:

—¿No contestas? ¡Ya lo ves! tu silencio me revela que tengo razón: que nuestra situación es insostenible, sino adoptamos al punto una resolución enérgica. En la unión está la fuerza, María: hagamos, por tanto, causa común para lograr que los sagrados lazos del matrimonio junten para siempre nuestros corazones y legitimen ante Dios el afecto puro que sienten nuestras almas. Mis padres, que son tan buenos, depondrán con el tiempo sus enojos y tornarán á recibirnos con los brazos abiertos en la casa querida que fué hasta aquí, y será, Dios mediante, nuestro deleite. Y volveremos á vivir juntos, é imperará de nuevo la paz, y renacerá la dicha, y nuevos vástagos procurarán grato solaz á sus abuelos, serán su alegría, y harán las delicias de su ancianidad. ¿No comprendes, María, que los reparos que opones á nuestra unión son de poca monta? ¿Verdad que sí?

Iba á contestar María; más sus palabras quedaron ahogadas en su gsrganta, al ver que aparecía Marta en aquel crítico instante.

Marta no había perdido una sola palabra del diálogo que acababan de sostener Pablo y María: cuando vió y conoció

que iba tomando un giro y unos vuelos comprometedores, se decidió á salir del huerto y á interrumpir á los dos enamorados, aparentando no haber oído lo que pasara entre ellos.

—¡Gracias á Dios! Ya he terminado mi tarea, hijos míos, y aquí llevo estas flores y plantas aromáticas para echar en el agua con la cual habeis de lavaros mañana. Ahora volvamos á casa. La noche avanza y sería peligroso demorar nuestro regreso y permanecer más tiempo en estos apartados parajes.

Pablo y María se miraron, y en sus ojos se dibujaba la sorpresa y la desconfianza, cual si quisiesen decirse y preguntarse.

—¿Habrá oído Marta nuestra conversación?

Emprendieron, pues, la marcha; todos iban preocupados y silenciosos.

María acababa de experimentar una cruel decepción. Sabía que Pablo y María se amaban, pero ignoraba que estuviesen en el período álgido de sus relaciones, ni que éstas se hallasen tan adelantadas. Resolvió, por tanto, poner en conocimiento del Padre José lo que ocurría, recordarle el cumplimiento de lo que le había prometido en punto á revelar el origen de María; y excitarle á que se hiciese cargo de esta joven, mediante no podía continuar viviendo bajo el mismo techo que Pablo, si es que se querían evitar posibles peligros y probables conflictos.

—Nunca pude imaginarme que las cosas llegasen á ponerse tan mal. Es menester conjurar sin demora el conflicto que nos van á crear estos muchachos. Yo creí hace ya años que la circunstancia de haberse criado juntos, Pablo y María, haría que nunca llegasen á enamorarse, fiada ¡crédula de mí! en el adagio „sol de casa no calienta.„ Ya veo yo que hasta los refranes mismos resultan fallidos cuando no presiden á nuestros actos la previsión y la experiencia que dan los años.

He aquí el corto monólogo que murmuró Marta allá en los reconditos senos de su pensamiento, en tanto se encaminaba al puerto, acompañada de los dos jóvenes.

Cuando llegaron al puerto, comenzara ya la verbena. La llama de las hogueras proyectaba sus rojizos resplandores sobre las orillas de la playa y sobre los marineros que bailaban al son de rústicos instrumentos, é imprimía al variado cuadro, que ofrecía el festival nocturno, tonos fantásticos. Densas columnas de humo surgían de las fogatas en ascen-

dentes espirales oscureciendo á intervalos el fulgor de las estrellas que, cual luminosos puntos de oro, se destacaban en el cielo y esmaltaban su azulada bóveda.

María y Pablo manifestaron deseos de quedarse algún tiempo para presenciar este festival nocturno; y Marta defirió á los deseos de los jóvenes, si bien dejándolos en compañía de personas que los autorizase, á fin de evitar todo linaje de murmuraciones.

Restituyóse Marta á su casa con el corazón transido de dolor, y ya dentro de la misma, pasó á la habitación en que se encontraba Fernando, á quien contó punto por punto y con la nimiedad de detalles de que suelen ir recargadas las narraciones femeniles, el diálogo sostenido entre Pablo y María. Afligióse, como era natural, el buen marino, por más que no ignorase que Pablo y María se querían con frenesí, y no cejaban en su amoroso empeño.

—Ne te aflijas, Fernando. Mañana iremos sin falta á la ermita del padre José, le referiremos lo que nos pasa, le pediremos consejo sobre lo que debamos hacer, y le entregaremos á María.

—Ya sabes, Marta, que mis achaques me impiden recorrer á pie la distancia que hay desde este puerto á la ermita. Este maldito reuma no me deja andar; los ahogos que me acometen me causan una fatiga, que se exagera con todo ejercicio corporal. Desengáñate, Marta, soy hombre al mar: soy un buque que hace agua y se va á pique por momentos. Al par de mis crónicos padecimientos, contribuyen á minar mi existencia los disgustos que nos dan esos muchachos y que nos darán aún. Cierto es que de esos disgustos hemos sido nosotros en gran parte los responsables. Ya ves que me es imposible ir á la ermita.

Fernando había contraído, durante su azarosa vida de mareante, un reuma articular que fué agravándose con los años hasta el punto de que últimamente le molestaba á la continua, y le impedía dedicarse á toda clase de trabajos. Los sustos, sobresaltos, ansias y emociones violentas que experimentó en el decurso de sus viajes le originaron además una afección cardíaca, á la cual no dió importancia en un principio; pero que fué lenta y gradualmente quebrantando su salud y enervando su robusta constitución. Los días del marinerero veterano estaban, pues, contados, y él abrigaba un instintivo presentimiento de que no había de ver nacer muchas lunas.

—Marta procuró sosegarle y desvanecer sus tristes presentimientos, diciéndole que carecían de importancia los padecimientos que motivaban sus quejas, y luego añadió:

—Conque quedamos en avisar al padre José para que se digne concurrir aquí cuanto más antes: él, que es tan bueno, vendrá de seguro en breve.

—Está bien: avísale cuando te parezca más oportuno.

Se aproximaba, pues, la hora en que se había de descubrir el velo misterioso que ocultaba el origen de María, el nombre y la condición de su padre, y la odisea de dolores que precedió á la muerte de la infortunada Blanca.

(Continuará.)



EL REGIONALISMO GALLEGO

LIGERAS OBSERVACIONES AL *Discurso leído por el señor*
D. Antonio Sánchez Moguel
en su recepción en la Real Academia de la
Historia, de Madrid, el 8 de Diciembre de 1888.

(CONTINUACIÓN.)

Porque la verdad es, que así como Cataluña puede, en un momento dado, acogerse bajo el pabellón francés, (1) puede Galicia buscar á su hora, el amparo de sus hermanos los

(1) O ser anexionada. No sólo Napoleón I la incorporó al imperio, sino que Napoleón III creyó fácil que la bandera tricolor ondease hasta el Ebro. Todavía recordamos como se hablaba no hace muchos años, cuando estaban en moda las anexiones, del pensamiento que al decir de las gentes se abrigaba en las Tullerías, respecto á apoderarse de Cataluña y de las islas Baleares. Esta idea no era sin embargo, de las puramente napoleónicas. El Sr. Sánchez Moguel debe conocer el *Tratado* que en 1641, celebró Cataluña con el rey cristianísimo, merced al cual el principado y los condados del Rosellón y Cerdaña, reconocían la soberanía de Francia. Tampoco debe ignorar las palabras con que Melo, afirma (*Hist. de los movimientos, separación y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.*) que sin las guerras en que entonces estaba empeñada la vecina nación, Cataluña se hubiera perdido para el Estado español. "Cataluña, dice, era una joya sobrado rica pero despreciada y perdiérala España para siempre así como perdió el Rosellón, apéndice del principado,," etc.

portugueses. Ellos no habían de rechazarnos. Creencia común es entre los escritores de Portugal, que aquel Estado no estará completo mientras no formen parte de él las provincias gallegas, cuando menos. Fiel á este pensamiento, Theophilo Braga increpa á la casa de Braganza, acusándola de poco previsora, porque á su juicio no trató de extender, ya que no las fronteras, al menos las simpatías portuguesas en las provincias gallegas, otro tiempo hermanas, y que teniendo un mismo origen y lengua, y siendo de una misma sangre, parece que no esperan mas que el momento oportuno para unirse definitivamente. Sin embargo, ni el autor citado, ni los que le siguen en las quejas tienen razón. Se conoce que también por allí andan flojos en historia. Los monarcas portugueses tuvieron siempre la vista fija en Galicia. Así lo reconoce el mismo Oliveira Martins, cuando escribe en su *Historia de Portugal*, t. I, p. 47, que la hegemonia de Portugal en Galicia "era un pensamiento decisivo y fijo en los monarcas portugueses.", Es una verdad que no se escapa siquiera ni á este paradójico escritor, enemigo del principio federativo. (2) No se hable de los tiempos medios, en que cada guerra con Leon ó Castilla equivalía á una nueva invasión del territorio gallego, baste con saber que, si el que se apellidó Carlos III de Austria hubiese logrado entrase en el trono de España, la actual Galicia entraría á formar parte integrante del pueblo lusitano, en virtud del Tratado de 1703; y que si más tarde, á mediados del pasado siglo, se hubiera realizado el proyectado cambio de la antigua provincia de Tuy por la Isla del Sacramento, Vigo sería hoy para nosotros un puerto extranjero y las fronteras portuguesas se alargarían hasta el corazón de la Galicia actual. Una vez verificado el cambio, bastaría cualquiera ocasión oportuna para que nuestras provincias entrasen, fácilmente y sin saberse cómo, á formar parte de los dominios que rige la casa de Braganza.

Ciertamente que el oír hablar de semejante peligro hará sonreír á los políticos centralistas que entienden que en la Plaza de Oriente y en la de las Cortes se encierra todo el derecho del poder legal; mas ¿de qué no se rieron, creyéndolo imposible, que no tuviese lugar al día siguiente? No se hable de las contingencias que pueden surgir mañana y de

(2) *Portugal Contemporáneo*, t. II p. 427 y siguientes. Llama á la federación "quimera nacida del error de suponer agregados las naciones.", Las naciones no, pero sí los grandes Estados, que ya es otra cosa.

la posibilidad de un conflicto cualquiera entre España y una poderosa nación que conoce á Galicia perfectamente y que no se desdeñaría de poseerla, cualquiera que fuese la forma en que pudiese hacerlo, concretémonos á Portugal y hagamos notar que si en nuestro país no estuviese tan arraigado el torpe desdén con que miramos á los que viven al otro lado del Miño, si por uno de esos movimientos tan fáciles en los pueblos de razón, como lo es el gallego, tan injustificada animadversión se convirtiera en amor, y rompiendo las vallas y llenándose el vacío que nos separa, nos viésemos unidos por el interés como lo estamos por la sangre; si este espíritu regional que nos anima pudiera en hora propicia desenvolverse al amparo de las cinco quinas, sería curioso, y más que curioso, instructivo, el ver lo que pasaría entonces y lo que dirían nuestros adversarios. Y que estas cosas, por remotas que parezcan, pueden ser una facilísima realidad el día menos pensado, es lo que sólo pondrán en duda los poco acostumbrados á las mudanzas del mundo. Los hechos pueden repetirse.

Por de pronto el Sr. Sánchez Moguel, que ha leído *Las Nacionalidades* de Pi Margall, habrá tropezado fácilmente, en la pag. 240, con un párrafo por demás instructivo y tan para el caso como lo es aquél, en que refiriéndose el autor al conde Toreno y á lo que este asienta en su *Historia de la Guerra de la Independencia*, nos dice que por aquellos días "Galicia tenía proyectada y á medio hacer una federación parcial de las provincias del Noroeste." Lo que ni uno ni otro escritor recuerdan, es que en esa federación entraban también LAS PROVINCIAS DEL N. DE PORTUGAL. (3)

Por tan importante detalle, puede formar idea el Sr. Sánchez Moguel de cuan arraigada está en el alma de Galicia el sentimiento de su nacionalidad, y de como su manifestación exterior es más antigua de lo que él piensa y afirma, cuando refiriéndose al movimiento regionalista catalán, le dice anterior al 1863, mientras que al gallego no le señala fecha, aunque parece que entiende ser posterior. Por poco que conociese la historia contemporánea de Galicia, de conocerla algo, le sería muy fácil decir que data de muy atrás. Sin remontarse mucho podía recordar el carácter francamente pro-

(3) Y no solo Galicia, sino también las provincias de Oviedo y Leon, con lo cual, volvía á resucitar la provincia gallega del tiempo de los romanos.

vincial que tuvo en nuestro país el renacimiento literario de 1837 á 46 y, si no era bastante, en *El Recreo Compostelano* (1842 á 43) vería con toda claridad, que en sus páginas se echaron las bases del regionalismo gallego, en tal modo, que en 1843, fué fácil ya que la *Junta Central de Galicia*, reunida en Lugo, *discutiese y pudiese á votación, si debía ó no ESTE ANTIGUO REINO DECLARARSE INDEPENDIENTE*. De haber prevalecido la opinión de Faraldo y los que con él votaron, Dios sabe lo que hubiera dado de sí este nuevo elemento de discordia, unido á los que á la sazón devoraban á España. Dirase á esto que la misma derrota experimentada prueba que semejantes ideas no estaban en la masa del país, sino en unos cuantos ideólogos, como diría Núñez de Arce; pero no es cierto. Apenas habían transcurrido dos años, cuando veía la luz en Santiago *El Porvenir*, el primer periódico de cuantos en todo tiempo se publicaron en Galicia, y en él se decía claramente, "no queremos ser mas que gallegos;," añadiendo que el espíritu hostil que les animaba, "era el grito de Varsovia contra los rusos de Madrid,," Todo esto ¿le parece todavía poco al Sr. Sánchez Moguel? Será posible!..... pero advierta como tras la predicación vino el hecho; cómo se intentó una revolución, única por esencia regional; cómo en fin, un príncipe de una familia reinante tuvo con los que iniciaron el movimiento militar de 1846 y muy en especial con el Sr. Lasagra, relaciones de una índole tal, que todavía no puede la historia levantar el velo que las cubre. Y si aun esto no bastase al nuevo académico, sepa de una vez que el regionalismo tal como hoy se le conoce, hizo su aparición oficial en *El Clamor de Galicia*, que se publicaba en la Coruña en 1855 y dirigía el Sr. Vicetto, definiéndose claramente en *El Miño* de Vigo, que apareció dos años después y fué el principal órgano de estas doctrinas, en unos días en que á toda tendencia política se había impuesto el mas duro de los silencios. De las mismas planas de *El Miño* salieron, en 1863, los *Cantares gallegos*, libro que se consideró entonces como un verdadero grito de guerra de estas provincias subyugadas, en tal manera, que su aparición fue saludada en Cataluña, á la sazón en todo el hervor de su renacimiento, igual que si fuese cosa propia. Siguió después nuestra *Historia de Galicia*, á la cual concede el Sr. Sánchez Moguel el alto honor de señalarla como base y punto de partida de las ideas regionalistas en Galicia, cuando la cree y tiene por viciado producto de las tendencias separatistas.

Y aun hace más: supone, y es por cierto un gran error, que la historia sufrió á la sazón, entre nosotros, el influjo de las susodichas tendencias y que las refleja, cuando en realidad no hay aquí fuente histórica alguna de que no deriven naturalmente las ideas regionales que nos son propias. Dijera nuestro adversario que la historia vino entonces con sus recuerdos á reanimar los antiguos pensamientos, y diría mejor; dijera, que poniendo á la vista el cuadro de la vida anterior, contribuía fatalmente á la obra de la renovación provincial, y estaría en lo cierto. El mismo hecho de desearse con tantas ansias la aparición de una historia del país gallego, adecuada á nuestro tiempo y á nuestros pensamientos, prueba que el amor á Galicia había adquirido en la conciencia pública el incremento necesario para imponerse á todos como una necesidad y realizarse con las condiciones deseadas. Así pues si ese libro no había de responder al movimiento especialísimo que le daba vida, era mejor que no se escribiese: faltando á su misión, defraudaba las esperanzas en él puestas.

*
* *

Y no se entienda que con semejantes palabras defendemos el hecho de una historia concebida y escrita con ánimo de servir los apetitos públicos. Muy lejos de eso. Maestra de los hombres, dejaría de serlo, si no reflejase la verdad misma. Pero de esto á desconocer que á veces la historia tiene misiones providenciales que cumplir, media un abismo. Los que no se toman el trabajo de estudiar semejantes asuntos y conocer su génesis; los que sólo atienden á lo exterior y toman el hecho sin averiguar sus causas, caen en error forzoso y no se desentienden de él en los razonamientos sucesivos; así sucede en el caso concreto á que nos referimos. Nos acusan de faltas imaginarias, sencillamente porque no han logrado hacerse cargo que las historias particulares, en Galicia como en todas las provincias con pasado autonómico, tienen que ser, á la hora presente, por esencia regionales. Está en su índole y en la serie de problemas que hoy nos preocupan y en cuyo auxilio se llama á las ciencias históricas, como únicas que pueden ilustrarlos debidamente. Es más; estudiando

el pasado á la luz de las necesidades y de los pensamientos actuales, forzoso fué que la historia, abandonando los viejos caminos, dejase de narrar tan sólo y se tornase en una verdadera ciencia social. Desde ese momento se hizo humana y se ocupa de los problemas que nos agitan, hasta cuando parece que los olvida y desdeña. Porque así como el hombre es de su tiempo, la historia lo es también; con sólo poner en frente de la vida actual de las provincias desheredadas el cuadro de su vida anterior, ya hace obra regionalista: con sólo hablar á los pueblos muertos de sus glorias y bienandanzas pasadas, hace ya que surjan en su corazón los pensamientos hostiles á las grandes agrupaciones, en cuyo altar han sido sacrificados. Al calor de aquellos recuerdos, se reanima el espíritu de resistencia provincial—en Galicia latente de siglos atrás—que viendo todas las cosas del país bajo el punto de vista del propio bienestar, busca en la historia la legitimidad de sus nuevas aspiraciones. Por esto los primeros regionalistas fueron los historiadores. En la misma Francia, en 1820, y por lo tanto mucho antes que Proudhon escribiese acerca del principio federativo, Mr. Ag. Thierry, á quien basta nombrar para que se sepa el respeto que merece, había publicado aquel notablé artículo, *Sur les libertés locales et municipales*, en el cual tan insigne historiador esboza el programa regionalista. Y es que nunca como en el siglo actual, fué la historia la verdadera maestra de los hombres, y el historiador el político por excelencia en su tiempo. No extraña por lo mismo que, refiriéndose Thierry á los discursos que Mirabeau había pronunciado en los *Estados de la Provenza*, diga que el elocuente tribuno hace constar en ellos el nombre de la *nación provenzal*, las *libertades de la Provenza*, y los derechos de las comunes de la Provenza. Estas fórmulas, añade el ilustre historiador, de las cuales nuestro lenguaje está desde hace tiempo desacostumbrado, parecen, al primer golpe de vista, no ser otra cosa que ficciones oratorias, tal al menos debe ser nuestra involuntaria creencia, porque después de treinta años, no conocemos los franceses más derechos que los declarados en París, más libertades que las sancionadas en París, más leyes que las hechas en París. Sin embargo, no eran entonces frases vacías de sentido: *entonces el patriotismo francés tomaba doble fuerza en el patriotismo local*, que tenía sus recuerdos, su interés y su gloria. Realmente *se contaba con naciones dentro de la nación francesa*: había la nación bretona, la borgoñona, la aquitana,

la del Languedoc, el Franco-Condado, la Alsacia. ESTAS NACIONES DISTINGUIAN, SIN SEPARARLA, *su existencia individual, de la gran existencia común*; "SE DECLARABAN REUNIDAS, PERO NO SUBYUGADAS, etc. No afirma otra cosa Odyse Barrot, (*Let. sur la phil. de l'histoire*) cuando dice que la unidad francesa "que data de ayer, de esta mañana, que no tiene raíces en el pasado," verá formarse sobre sus ruinas *cinco Estados* (sic) 1.º La Francia, 2.º La Bretaña, 3.º La Aquitania, 4.º La Borgoña, 5.º La Lorena. Con verdadero acento profético añade: "la Flandes francesa y el Artois tornarán á su verdadera nacionalidad, volviendo á ser belgas; *la Alsacia ni siquiera confinará con la Francia*, (Barrot escribía en 1864) y todo el valle del Lemán y del alto Rhône entrará en la Borgoña." Todo esto se decía en Francia, sin otro correctivo, que el libro de Mr. Girardin, el partidario de los ESTADOS DE HECHO, que murió viendo á la Francia, *Estado de hecho*, sin la Alsacia y la Lorena.

Es inútil, pues, pensar y decir que estas no son tendencias naturales en las provincias con pasado autonómico, menos todavía creer todo ello cosa de espíritus levantiscos ó que buscan la notoriedad. En esa Francia, que parece la heredera de la antigua Roma por lo mucho que exageró la centralización, en esa Francia que se proclama todavía, *una é indivisible*, Regnault escribe: *La Province, ce qu'elle est, ce qu'elle doit être*, y en la cual viene á afirmarse que "las fortificaciones de París separan la capital de las provincias, como la tumba separa la vida de la nada." En esa Francia, Odyse Barrot proclama que "el patriotismo, la libertad, el valor propio del individuo es en sentido inverso, proporcional á las dimensiones del país; que tanto más grande es la nación, tanto es más pequeño el individuo." En esa república, *una é indivisible*, el príncipe de Broglie, fijándose en las tentativas de la renovación política de las provincias, la aplaude, la alienta y tiene como una válvula de seguridad contra las exageraciones y el *trop plain* de París. En ella el mismo Tocqueville afirma que, cuando Luis XIV decía, el "Estado soy yo," en los mismos días en que la *centralización gubernamental* era lo más fuerte que pudiera concebirse, la *centralización administrativa* era menor que la de nuestros días.

Inútilmente pues, asegura el Sr. Sánchez Moguel (página 42 de su *discurso*) que no son regionalistas las comarcas bilingües de Francia é Italia. "Nunca,—según él, lo dijeron tanto Roumanilles como Mistral,—hemos confundido los in-

tereses políticos con los literarios; los que esto hagan en otras partes, los que se valgan de las letras para sus fines particulares, sin duda son los mayores adversarios de la poesía y de la patria á un tiempo.„ Si estos dos ilustres poetas dijeron esta ilustre tontería, puede replicárseles que los hechos responden por nosotros con la elocuencia necesaria para afirmar que, bajo el cielo que alegra la patria de los Girondinos, Ricard escribe *Le Federalisme* y lo dedica al país de Languedoc, diciéndole que su libro “es un voto por el buen éxito del gran renacimiento meridional, de la patria roumana, de su lengua, de su libertad y de su gloria.„ ¡De su libertad! ¿lo entienden bien nuestros adversarios?

Lo grave en todo esto es que el Sr. Sánchez Moguel pasa tan ligeramente sobre tales cosas, que parece que no les da importancia, ó que basta que él lo afirme para que no tengan contestación posible. No es verdad que las comarcas bilingües de Francia, no combatan por su autonomía, siquiera sea teóricamente. El mismo Mistral, en el famoso banquete de Saint-Remy (septiembre de 1868) terminaba su brindis con estas memorables palabras: “Y cuando cada Provenza y cada Cataluña hayan reconquistado de este modo su honor, vereis á vuestros pueblos convertirse en ciudades; y allí donde hoy veis tan sólo un poco polvo de provincia, vereis nacer las artes, vereis crecer las letras, vereis engradecerse los hombres, *vereis florecer una nación.*„ ¡Una nación!.... En cuanto á la Bretaña, de la cual habla como de cosa que le es familiar, aun puede decirse más. No sólo tienen su natural significación las frases con que el conde de Carné da comienzo á su obra *Les Etats de Bretagne*, sino que el vizconde de Villemarqué recuerda el grito de guerra bretón—No, no ha muerto todavía el rey Arturo!—grito en el cual se encierra la expresión de los deseos que su país siente de la reivindicación de su nacionalidad, puesto que aquel mismo autor, á quien no puede ciertamente creérsele enemigo de Francia, le apellida, *símbolo de la nacionalidad política de Bretaña.* Lo mismo puede decirse de la Lorena, hoy fuera ya de los dominios del estado francés. El conde de Haussonville, autor de la *Hist. de l'union de la Lorraine á la France*, se expresa, al contar la anexión de aquel territorio á la corona de Francia, de una manera tal, que tan elocuentes páginas pueden tomarse como el continuo quejido exhalado por aquella pequeña nacionalidad vencida. Su actual unión á la Alemania no les es tan aborrecible que no la hayan preparado y

hecho deseable muchos de sus hijos. Otro tanto pasó en la Alsacia. Muéstrase en Paris empeño en que aparezca á los ojos del mundo, unida por la voluntad pública á las demás provincias francesas, pero las cosas están bien lejos de ser así (4). Aparte de que hay muchos alsacianos que se alegran de haber pasado al poder de Alemania, y que lo dicen públicamente, hay que recordar que, en todo caso, su amor á la Francia no es de tan larga data. Todavía á principios del siglo se batían como alemanes contra los franceses. Qué más, el mismo Franco condado, al cual en sus sueños de adolescente, Charles Nodier *pretendía libertar del yugo francés*, fué anexionado á la Francia en medio de tales crueldades y devastaciones, que á su lado las más terribles conquistas de la antigüedad, nada son, ni nada significan. En el corazón de sus hijos quedó un odio invencible á las grandes agrupaciones; odio tan vivo, que pudiera decirse que va más allá del tiempo y, animando la sangre de cuantos nacen bajo su cielo, vino á prestar á la poderosa voz de Proudhon los terribles acentos con que hierde de muerte á la centralización, y da á su invencible lógica la fuerza con que aquel su tan ilustre conciudadano defiende el principio federal.

En vista de todo esto, ¿se sostendrá todavía que no hay en Francia, quien desee que vuelvan á la vida que tuvieron las antiguas nacionalidades de que se compone la república? No ciertamente, á menos que no se quiera negar la evidencia. Y no se objete que los que tanto piden son tan sólo ciertos políticos fuera de todo concierto en los partidos militantes, ciertos enamorados de las cosas pasadas que inútilmente pretenden restaurarlas; en una palabra, unos cuantos amigos de la notoriedad, que la buscan por donde pueden.

Dumas hijo, no es político, no busca seguramente un puesto oficial que, de obtenerlo, vendría á minorar la consideración de que goza: no es un provincial, es un parisien que ama la ciudad nativa como los regionalistas su país, es ade-

(4) Dos causas, ajenas por entero á la cuestión de nacionalidad, mantienen viva en la Alsacia la agitación de que á cada paso nos dan noticia los periódicos. Echan de menos el dominio de Francia los republicanos, que á dos pasos de la república, se ven privados de su goce, y así mismo los católicos que aborrecen el protestantismo alemán, más que al imperio germánico. El día que éste entienda sus intereses y dé á las provincias anexionadas un gobierno propio, puede decirse que acabarán para siempre en ellas los sentimientos favorables á Francia, sean los que quieran los motivos que les den vida.

más un poeta, á quien agrada ocuparse de los grandes problemas sociales y que lo hace siempre con aquel gran sentido de que dan tan notoria prueba los prefacios de sus dramas; pues bien, en el de *La femme de Claude*, escribe: "Vivimos en una época en que cada raza ha resuelto reivindicar y tener, como quiera que sea, su suelo, su hogar, su lengua y su templo.,,

*
* *

Lo mismo pasa en Italia. Ocupada por entero en la gran obra de su unificación, bien se veía cuanto costaba á todos sacrificar en aras de la patria soñada, los pequeños estados que debían formarla. No había un sólo político que dejase de sentir el peso de tan gran dificultad; los que querían la federación, y los que deseaban á todo trance la Italia una é indivisible. (5) Les dolía tocar al arca santa de las pequeñas nacionalidades. Por su parte, éstas no se dejaban anular sin protesta y sin quejas. La Toscana sobre todo. El mismo Cavour entendía faltarle algo propio el día que la corte saliese de Turín. Mad. d'Azeglio, contando á su hijo la muerte de aquel grande hombre,—tal vez el mayor político de su siglo,—escribía estas sencillas pero memorables palabras: "Camilo decía que él no dejaría jamás el Piamonte, y que si el Gobierno se trasladaba á otra parte, haría que le nombrasen gobernador de Turín. Que él quería vivir y morir aquí., (6) Este respeto á la pequeña, á la amada, á la patria sin rival en el corazón de los buenos ciudadanos, esto es la provincia, la verdadera tierra nativa, era en Italia cosa de instinto casi, hasta en aquellos días de delirio por la unidad.

Según Proudhon (*La federat. et l'unité en Italie*) Montanelli, Ferrari, el general Ulloa querían la federación de los Estados italianos. De esta misma idea se había hecho apostol el abate Gioberti, en su *Primato civili e morali de gl' I-*

(5) Entre ellos Mazzini que decía que "él predicaba la unidad, mientras los hábiles no hablaban á la Italia que de federalismo.,," *Carta de Mazzini á Daniel Stern*. Es confesión importante.

(6) *Souvenirs historiques de la marquise Constance d' Azeglio*, página 678.

taliani, poniéndola bajo el amparo de un Pontifice tan poco acepto á los italianos como Gregorio XVI; y á su vez el P. Tosti, en su *Hist. de la liga lombarda*, bajo la jefatura de Pio IX, de quien tanto se esperaba en aquellos días de esperanza.—Santísimo Padre, atreveos! le decía.

Pio IX no se atrevió, pero sí Victor Manuel, en cuyas manos el mismo Gioberti (*Rinnovamento, Paris-1852*) concluyó por poner la suerte de Italia. Al otro día del golpe de Estado de Luis Napoleon, el ilustre representante de la casa de Saboya, que había aceptado el papel de libertador, que Dios y los hombres le habían impuesto, escribía: "Sin miedo, con la sonrisa en los labios, esperamos los nuevos sucesos, y cuando la guerra estalle, vive Dios! que si el Presidente tiene valor, espero hacerla á su lado.," Palabras proféticas que debían tener bien pronto su consagración! Mas no sin que se viese obligado á sortear, como quien dice, la repugnancia de los diversos Estados italianos, que aun deseando formar parte de aquel gran todo que hoy llamamos reino de Italia, no se avenían á perder su carácter y condiciones de pequeñas pero vivas individualidades nacionales. Asi pues, cuando las terribles y costosas victorias hicieron forzosa la paz de Villafranca, ésta se estipuló bajo la base de una confederación, cuya presidencia honoraria se daba al Papa. Todo inútil. Las provincias, de que se trataba, se negaron á entrar en ella y, por dos plebiscitos sucesivos, acordaron su anexión al Piamonte. (7) Pero aun así y todo, no se hizo sin que Ratazzi, acusado de municipalismo, tratase de dar forma á la confederación, poniéndola bajo la dirección de Victor Manuel y sin que dejase de presentarse á las Cámaras del Piamonte el proyecto federal del Reino de Italia, redactado por Farini y Ratazzi y completado por Minghetti en su *Memoria* al Consejo de Estado. El republicano Regnault, refiriéndose á este asunto, dice terminantemente: "Es la primera vez que un rey ha redactado y propuesto un pacto fe-

(7) Cualquiera creería que en esto hay plena contradicción entre los hechos y lo que nosotros decimos. No es así. Por el tratado de Villafranca, los Estados que debían entrar á formar parte de la Confederación, se ponían de nuevo bajo el poder de los príncipes desposeídos. A esto era á lo que se negaban, votando su unión al Piamonte. Por lo demás consta que la Toscana, que fué uno de los Estados que con mayor empeño entraron á formar parte de los dominios de Victor Manuel, fué la que mas sintió el hecho de su anexión y la pérdida de las ventajas que le proporcionaba su anterior autonomía. Otro tanto pasó en Nápoles.

deral. *Mejor dicho, es el último refugio de las Monarquías que deseen subsistir.*» Por eso daba tanto que reír la inocencia conque un diario madrileño—el más genuinamente burgués de todos y por lo tanto el más satisfecho de todos también—se burlaba, como si se tratase del mayor de los absurdos posibles, de los que en momento oportuno pretendían contrarestar el federalismo republicano con el monárquico. La cosa parecía más que insólita. La sabiduría de ciertos políticos madrileños llegaba hasta haber leído á Pi Margall, pero no iba más allá. Para ellos, federación y cantón de Cartagena, era todo uno. Ni siquiera se hacían cargo que, habiendo asistido á la formación del imperio germánico, habían visto el más triste de los triunfos de centralización, gracias al cual vino á la vida el más temible de los Estados europeos, y se creó la más grande amenaza de las libertades modernas. Porque lo cierto es que en Alemania el principio federativo y el unitario habían sido desde antiguo antagónicos, que el primero estaba representado por cuanto había de indígena y de liberal en el país y quería la libertad de las provincias y el imperio electivo, mientras la segunda tendencia hacía caso omiso de los pequeños estados nacionales y pedía el imperio hereditario. Hoy le gozan, nada falta á su triunfo; pero el principio vencedor engendrará nuevos monstruos, no lo dudemos, que, aniquilando la libertad en Europa, anulará más de una nacionalidad que no se tiene seguramente por minúscula.

*
* *

Respecto de Inglaterra, que es el país en donde por sus costumbres y especial organización interior menos pudiera esperarse, no que surgiera el espíritu regional, porque allí es vivo y es antiguo, sino que aspirase á ciertas reivindicaciones, —respecto de Inglaterra, repetimos, puede decirse lo mismo que de todos los grandes Estados europeos; también en ella las naciones que la forman desean alcanzar por completo las prerrogativas que le son propias. No se hable de Irlanda de la cual puede asegurarse que bien pronto la veremos en situación igual á la de Hungría,—pero Escocia y el país de Galles (este último con menos población que Galicia, pues

no pasa de millón y medio de habitantes) no tardarán en gozar de una tan perfecta autonomía que vengan á ser como verdaderos estados. Además, en aquel principado, sin que se tenga todo ello como un peligro para la patria común, ni menos constituya agresión á la integridad del territorio británico, sus habitantes dicen con toda franqueza que no quieren ser más que kinros, escriben en su bandera este lema: "una lengua, una patria, un pueblo,," y celebran fiestas como *L' Eisteddfod*, que no se desdeñó de presenciar el primer ministro Gladstone. A nadie en Londres se le ocurrió burlarse de aquellas asambleas poéticas, en que todo lo local predomina, como se hizo en Madrid con los *Fuegos florales* celebrados en Pontevedra en 1886. En Inglaterra no se entiende en manera alguna que la vida de las diversas nacionalidades que constituyen lo que el *Almanach de Gotha* denomina *Grande-Bretagne et Irlande*, sea contraria á la unidad del Estado; que el cultivo y estudio de los idiomas no oficiales atente á la pureza de la lengua inglesa, y, en fin, que el uso de las lenguas nacionales implique retroceso intelectual y desamor á la patria común. (8)

Hay más aún: á pesar de que el conflicto irlandés invita al dominante á todo género de represiones, y muy en espe-

(8) En los momentos en que se escriben estas líneas, un verdadero inalfabeto que, para mayor vergüenza nuestra, es hijo de Galicia, rechazando el uso del idioma gallego, llama á éste, "lenguaje espureo y bastardo,," El porqué lo sabrá el individuo en cuestión, ó no lo sabrá, que es lo más fácil, pero á ser sus jueces, le castigaríamos, por semejante delito de lesa instrucción, á la lectura diaria de unas cuantas páginas de la *Grammaire des langues romanes* de Diez, obligándole á que las entendiese. De la *Céltica* de Zeus, no lo haríamos, por más que le conviniese, porque está en latín, y es seguro que nuestro sabio no conocerá mejor la lengua del Lacio, que la de Castilla. Y sépase que no lo decimos á humo de pajas, puesto que el marítimo-administrativo todavía no ha sabido darse cuenta que las lenguas *no mecen* la cuna de nadie. ¡Oh sabiduría del quinto reino! oh patriotismo el de todos aquellos á quienes con entera razón pueden hoy aplicárseles sin remordimiento las palabras con que el P. Sarmiento se burlaba en su tiempo de los que siendo gallegos hacían "ridículo estudio de olvidar lo poco que mamaron de su lengua gallega y de mirar ese *nobilísimo idioma* (sic) como inepto para todo y por no manchar con él su castellanidad entre Góngora y Mingo Rebulgo!, Como se ve, el caso no es nuevo. Por un especial atavismo, contamos también al presente con algunos hijos de la capital del departamento, como allí se dice, para mayor eufonía, que se parecen como un huevo á otro, á aquellos de quienes se burlaba el ilustre benedictino. Bástales un viaje á San Fernando ó Cartagena para escu-

cial á ahogar todo germen de oposici3n 3 que tienda á suscitarla 3 mantenerla, la Historia, la arqueología y la literatura irlandesa tienen cátedra pública en la Universidad de Dublin. El estudio y la publicaci3n de las primitivas leyes de Irlanda se hace por cuenta del presupuesto del virey; la capital tiene una Biblioteca y un Museo de los primeros de Europa, y fué base de los grandes trabajos históricos y arqueológicos que prepararon é hicieron más l3gicas las reivindicaciones actuales.

Pues bien, todo esto pasa en un paíis en guerra con los que le gobiernan, en un territorio resuelto á recobrar su perdida personalidad nacional y política. Véase ahora lo que sucede en Galicia, en estas pacientísimas provincias que pagan sin remedio, dan sus soldados sin quejarse, 3 quejándose, que, para el caso, es igual: la mayor parte de la marinería de España, sale de su litoral y no hay plaga pública que no caiga sobre ella, sin que por eso exhale un ay! (tan muertas las tienen) y sin que importe á los demás, caso que llegue á hacer pública manifestaci3n de los males que la aquejan. Lo diremos claramente. En cierta ocasi3n en que los campesinos de Lugo fueron á la capital á protestar de un reparto de contribuci3n territorial "que encerraba agravios de gran magnitud, que afectaban con especialidad á la masa de contribuyentes pobres," (9) fueron estos fusilados *indefensos*, en medio de las calles. Para cohonestar tan grave atropello, más grave todavía en un paíis de paz perpétua, hubo quien sobre no haber tenido caridad con ellos, les apostrofó en el Senado, diciendo que iban ¡á robar los caudales públicos! ¡Infelices! la tierra que cubrió sus cadáveres debió pesar duramente sobre los que no tuvieron reparo en hacer fuego contra una multitud sin armas! Esta dureza en el reprimir, cuando aquí nada hay que la haga necesaria, contrasta seguramente con la avaricia en contribuir á la general ilustraci3n de un pueblo, al cual se tiene por atrasado y á cuyos hijos se mira como los más torpes de cuantos cubre la bandera española.

(9) *Carta del Sr. D. Alejandro Castro Gomez*, procesado por aquellos sucesos y absuelto por los Tribunales de justicia.

pir por el colmillo, *ceccar* toda su vida, y no pudiendo otra cosa, comer á las palabras el mayor número de sílabas posibles. ¡Y cáta-te á Farruquiño hecho andaluz! Cualquiera convence después á estos *cadiceños de levita*, que el gallego no es lenguaje espúreo y bastardo... antes un nobilísimo idioma!...

Nuestra Universidad no es menos, porque ya no se puede otra cosa, pero los demás centros de ilustración oficial vegetan en el mayor abandono. El Archivo *General de Galicia*, para el cual, cuando fué necesario, dió el país tanto dinero, se halla en un estado tal, que es como si no existiese. Es riquísimo, es interesantísimo no sólo para la historia de esta región sino para los propietarios que guardan en él casi toda su documentación, y sin embargo se pudre en el sótano en que se le tiene como sepultado. Necesita ser trasladado á local conveniente, y no se le da un céntimo con tal objeto. En cambio no se escatimó cosa alguna para el establecido recientemente en Alcalá de Henares. A la hora actual, le tenemos sin un empleado, y fué preciso que se encargase de él un catedrático del Instituto. El portero es su verdadero jefe, mientras en Madrid se agolpan los individuos del cuerpo y sobran en las dependencias centrales. Nuestras Bibliotecas no son sino depósitos inútiles de libros más inútiles todavía. Si hay alguna que cuente con tal cual obra moderna, se debe al celo de las diputaciones provinciales. La Universitaria, con un fondo de más de 50.000 volúmenes, y un total de lectores superior á los que arrojan las bibliotecas públicas de Madrid, excepción hecha de la Nacional, no tiene más que *dos empleados*, ni más que *mil quinientas* pesetas anuales, para material, compra y encuadernación de libros. En su hermosísimo salón que, de tenerlo la B. Nacional, estaría á estas horas cubierto de frescos, se hiela el lector, sin que le sea dado permanecer en el local más de dos horas; todo por falta de un calorífero, como los que abundan en aquélla. En lo tocante á libros modernos, hállase la Nacional generosamente dotada: de los antiguos, apenas el Estado adquiere una buena colección, cuando se le adjudica toda entera. Ayer fué la del marqués de la Romana, mañana será la de Osuna. La de Santiago muere de inanición, y tórnase cada día más inútil. (10) He aquí uno de los más bellos frutos de la centralización, he aquí en lo que vino á parar una biblioteca que, cuando vivía á su cuenta, gastaba verdaderas sumas en adquirir los mejores libros y las más espléndidas ediciones y que hoy se ve atrasada, sin obra alguna que le hable de la ciencia moderna, sin ninguna revista, sin nada

(10) Se dió el caso que el Claustro del Colegio de medicina, en vista de la penuria en que vive nuestra Biblioteca,—pues lo que se le da para material, apenas llega para el carbón que gasta,—acordó formar una particular para su servicio.

que nos ponga al corriente de la actual renovación científica y literaria en Europa. ¡De esta manera se ocupa el Estado español de una comarca que representa ella sólo la octava parte de la población de España.

Para mayor consuelo, pasa lo mismo en la cuestión de Bellas Artes y su enseñanza, en la cual nos hallamos mucho peor todavía. Ni una Academia verdadera, ni un Museo que valga. No estorbó esto sin embargo para que los periódicos de la corte pusiesen el grito en el cielo, cuando por primera y única vez en la vida, se envió á Santiago un centenar de los cuadros que sobran en las dependencias de Fomento, la mayor parte adquiridos con el dinero de los contribuyentes y por lo tanto con el de Galicia. Y en verdad que en vista de esto y de la muerte que nos rodea, no nos extrañará que los que nos tienen en este punto digan bien pronto de nosotros lo que de los irlandeses un inglés en un reciente libro: "los que viven entre estos brutos, tienen algo de su bestialidad." Con tan nobles palabras pondrían digno remate á su obra de esterminio intelectual, si se nos permite la frase, de un pueblo numeroso y superior, por ser por entero céltico, Sr. Sánchez Moguel, por ser el más germanizado, (aunque parezca á algunos un absurdo) y por no haberse contaminado con la sangre semita que tanto domina en las comarcas que ama y ensalza nuestro adversario, porque son suyas.

*
* *

Refiriéndose el Sr. Sánchez Moguel á no sabemos cuantas inconsistencias y faltas de sinderesis de los regionalistas gallegos, nos pregunta, como si señalase la mayor de las contradicciones: "¿qué nacionalidad es esa que tratan de restablecer los regionalistas gallegos, si su hermoso y leal país, fuera del fugaz reinado de D. García, no fué nunca Reino independiente al modo de Portugal, Cataluña, Aragón ó Navarra, sino como Andalucía, Extremadura, Asturias ó Castilla, parte integrante, provincia fidelísima de la Monarquía leonesa-castellana?," Nuestro adversario pasa con demasiado valor en olvido la monarquía sueva que duró cerca de dos siglos; desconoce la importancia que tuvo en la formación del actual pueblo gallego; ignora que durante la domina-

ción goda fué considerado nuestro país como nación aparte, y en fin, de la Historia de Galicia en los siglos IX, X y XI no sabe más que lo que le dicen los compendios de la Historia de España. La índole de este trabajo no lo permite, y, por lo tanto, no nos extendemos á más que á decirle que hasta la unión definitiva de Leon y Castilla, fuimos tan Estado, que ya se llamasen nuestros reyes, reyes de Asturias, ya de Leon, Galicia era la que vivía y dominaba, porque era la mayor parte. Todo lo suyo vive, se mueve y desarrolla y perpetua dentro de los límites de los tres conventos jurídicos de Galicia. Los documentos de aquellos siglos, cuando hablan de la monarquía y del Estado formado por Pelayo en esta parte del Noroeste de la Península, siempre le llaman de Galicia. Por no citar autor que pueda parecer sospechoso al Sr. Sánchez Moguel, vea como Dozy (*Recherches*, t. II. p. 279) dice terminantemente: "se sabe que las crónicas del Norte de la Península dan el nombre de España, á la España árabe.," No sólo las crónicas, los documentos todos. En la famosa *Crónica de Turpin*, se lee á cada paso, "país de España y de Galicia,," en otro lado "país de los vascos y Navarra y España, hasta Galicia.," Esta empezaba en Leon. Todavía se habla gallego en algunos pueblos cercanos á aquella capital.

No se necesita saber mucha historia para saber todo esto.

Mas lo que no pueden negar nuestros adversarios, es que el día en que San Fernando unió definitivamente el reino de Leon al de Castilla, Galicia era poderosa. Tenía arte, literatura, vida propia: los mismos reyes de Castilla no sabían entonces pasarse sin Galicia y sin sus hombres. Tanto, que el día en que la nobleza castellana empezó á dominar en los consejos, la gallega se dió por tan sentida, que en poco estuvo que el reino de Galicia no fuese de nuevo un hecho. Sólo la ineptitud del príncipe D. Juan pudo hacer que abortasen sus ambiciones. Lo cierto es que desde el reinado de Sancho el Bravo, Galicia volvió á vivir tan sola, que únicamente se puede perdonar aquel olvido, porque así vivimos solos y todo lo nuestro perseveró entre nosotros. Si durante los tristes reinados y las lamentables minorías que afligieron á Castilla en el siglo XIV, no se separó Galicia del resto de la monarquía, fué porque de hecho estaba separada. Fué también porque ya no quedaba entre nosotros más que una ó dos casas nobles que importasen, y pudiesen aspirar al trono.

Llegó por fin el día de la paz para todos, y, á su amparo, el pueblo gallego entró á formar parte de la monarquía española, bajo el cetro de los RR. CC. ¿Mas cómo se constituyó entonces Galicia? cómo se organizó su gobierno interior, sino reconociendo su autonomía y formando como un país aparte con leyes y organismos propios? Al alborear el siglo XVI, Galicia era como un Estado, no le faltaba mas que un rey y una corte propia. Teníamos nuestra Junta del Reyno que votaba y repartía los impuestos y los soldados. Teníamos Gobernador y Audiencia, del mismo modo que armada propia. La Junta tenía en sus manos la gobernación del país y este seguía, por causas largas de contar, como si fuese independiente de hecho. Poderosas las Juntas durante mas de dos siglos (el XVI y el XVII) sólo perdieron su importancia, cuando, con el advenimiento de la casa de Borbon y la creación de los Intendentes, se vieron despojadas de sus principales funciones. Así y todo, duraron hasta 1820, en que, después de asegurado el movimiento de la Isla, se declararon disueltas.

¿Creéis, pues, que los vascongados tenían fueros y libertades tales que los hacía como independientes, y os negáis á reconocer que Galicia, viviendo bajo un régimen casi igual al de aquellos, gozaba de vida parecida? Vosotros mismos nos teníais como diversos. No nos queríais á vuestro lado. No os cuidabais de nosotros, y no se agitaba cuestión alguna de interés general que no viniese á herir nuestro honor nacional. La cosa no es de hoy. Se nos negó el voto en Cortes, y sentimos la ofensa que con ello se nos infería. Lo reclamamos y, para obtenerlo, fué necesario comprarlo. El voto no importaba nada ya, pero aun comprado y todo, tuvimos que pasar por el agravio que, cada vez que se celebraban Cortes, se protestaba contra nuestra admisión. ¿Os parece que semejante aptitud era para borrar antagonismos? Pues bien, nosotros no somos responsables de vuestras torpezas: aceptar los golpes sin protesta, sería merecerlos. Si con el tiempo, en vez de extinguirse, se doblaron las afrentas, si continuó haciéndonos blanco de todas las burlas y de todos los desdenes, si todo ello contribuyó fatalmente á formar en Galicia un espíritu hostil y por entero regional, ¿tenemos la culpa de ello?

La cuestión de puestos públicos será siempre cosa importante para los pueblos, pero en otros tiempos lo era tanto, que la posesión de los cargos era mirado como honorífi-

ca para el individuo que los obtenía y para el país de que éste era natural. En un *Memorial*, el Reino hace constar que hacía más de treinta años que no se había dado un obispado á un gallego, y más de veinte una plaza de oidor. Con justicia se dolía el país de esto, añadiendo: "y que mayor compasión que ver las prelacias que antiguamente se daban todas á los naturales del reino, las prebendas, dignidades, ricos beneficios, abadías, prioratos, y judicaturas, agora las ocupan los extraños y forasteros!," ¡Súplicas inútiles! El Reyno pedía que á imitación de Navarra, se publicase una ley para que la mitad de las plazas de oidores de la Audiencia de Galicia se diesen á los naturales, porque *así entenderían mejor la lengua de los litigantes*, pero no hay noticia que así se hiciese.

Aun hay más. No sólo los cargos de nombramiento real escapaban á sus manos, sino que no obtenían ninguno de los que por votación repartían entre sus monjes las religiones de San Benito y San Bernardo. Gracias á las Congregaciones y sus bandos, nuestros principales monasterios cayeron en poder de los extraños al país, que los trataron como verdaderos conquistadores. En aquellas casas, asilo en otro tiempo de la cultura gallega, pereció cuanto nos era propio. Tenían grandes bibliotecas, y perdieron lo principal de ellas; se hablaba gallego hasta el punto de que todos sus documentos públicos se escribían en esta lengua, y se vió proscrita de unos claustros que habían sido, hasta entonces, los más genuinos representantes del genio de nuestro pueblo.

Esto lo veían nuestros padres y lo lamentaban. Se quejaron, y los extraños al país, que todo lo dominaban desde sus prebendas, contestaron con insultos. Tanto, que esta guerra de rencores llegó hasta nuestros días. A principios del siglo, los frailes dominicos recordaban que hacía ¡426! años que no se había tomado para provincial de Galicia á ningun hijo suyo, ni de sus conventos. La contestación que obtuvieron fué digna de los que la daban: *El lino de Galicia es bueno para escarpines, pero no para gorros*. Semejante ofensa, hecha imprudentemente á todo un país, provocó como no podía menos las réplicas de sus hijos, llevando la discordia á las casas de paz y de concordia. Los que niegan al espíritu regional gallego razón de ser y antigüedad, pueden leer los papeles que con este y otros motivos parecidos se publicaron á su hora; verán como en todos ellos palpita el sentimiento nacional de Galicia; no ficticio, no hijo del mo-

mento y creado por el despecho, sino natural, espontáneo, en gran parte hijo de la dignidad herida, pero del todo debido á diferencia de sangre, de costumbres, de carácter, de territorio que nos hace hermanos de ciertos pueblos de la península, pero de hecho distintos de otros, que no mencionaremos, por no caer en el mismo pecado de los que á cada momento arrojan sobre Galicia y sus hijos sus torpes burlas y sus chistes más que groseros.

*
* *

¿Qué eran, pues, todas aquellas cuestiones, á su hora importantísimas, sino luchas en que desborda violento, lo que se dió en llamar en nuestros tiempos estrecho espíritu local?

Sí, en verdad, lo eran, y en tal modo, que cada vez que uno de los intereses propios de la región se sentía herido, al ay! que lanzaba, respondía el país como un solo hombre, y el ódio á las gentes que dominaban se hacía visible, tomando casi siempre la forma de una espontánea manifestación nacional. Díganlo por nosotros, entre otras, las luchas que por la cuestión de cargos sostuvieron entre sí cerca de dos siglos los monjes de ambas cogullas, sin que las sentencias de Roma los aquietase, ni fuesen bastantes á ponerles término los litigios que con tal motivo, y casi á cada momento, se ventilaban en los tribunales, y que, aun siendo verdadera piedra de escándalo, ni extrañaban, ni se las quería menos, antes tomaban parte en ellas los fieles, sobre todo en Galicia, y las hacían mayores con sus apasionamientos, hijos del espíritu provincial, hondamente sentidos y expresados con toda claridad. No podía menos de ser así. Puede asegurarse que desde un principio no se trató ya de si este ó aquel monje sería preferido para general de la orden, para abad ó prior de tal ó cual monasterio, sino cuál de los países contendientes había de triunfar en las elecciones. Planteada así la cuestión, las Congregaciones se vieron divididas en dos bandos. Uno de navarros y castellanos viejos y nuevos, otro de campesinos y gallegos. Con tal motivo, los insultos á cada región se extremaron; no eran los pretendientes, pero si su país el que sufría el peso de la derrota ó se satisfacía con la victoria. Este espectáculo poco edificante se renovaba cada

tres años, y como, por de pronto, casi siempre aparecía vencida Galicia, era ésta la que más se dolía. Por que á sus hijos no se les apartaba de los cargos por no merecerlos, sino por gallegos: porque nuestros monasterios venían así á estar entregados á los extraños y que nos trataban como tales, extremándose en la renovación de foros, modo de poseer que desconocían, y que modificaron en provecho propio, sin que les doliesen las quejas, ni les importasen las ruinas que iban sembrando, ni siquiera viesan la injusticia cometida. Y hé aquí como tras la cuestión de provisión de cargos, que llamarían hoy nuestros adversarios, *triste producto de la estrechez de miras locales*, se encerraba otra más alta y más importante; la de la posesión de la tierra en un país en donde toda ella, ó casi toda, estaba en poder de aquellas dos poderosas órdenes.

Ambas congregaciones—amargo fruto del sistema centralizador—vinieron entonces á trastornar nuestra tierra bajo el punto de vista de su régimen interior, y á conmoverla por motivos de honra, poniendo en juego todas las pasiones é interesando todas las inteligencias de un país que tomaba como heridas propias las que se inferían á sus hijos. Llegó un momento en que ya no se pudieron soportar las osadías de los extraños, y en que las injusticias se hicieron tan intolerables, que seculares y eclesiásticos se creyeron obligados á intervenir. Un cura del Rivero de Avia, (por cierto que de la ilustre familia de la autora de los *Cantares gallegos*) fué de los que más se señalaron. Planteando el problema en toda su desnudez, exclamó: ¡LOS MONASTERIOS DE GALICIA PARA LOS GALLEGOS! Puede parecer todo lo egoísta que se quiera, pero este grito de guerra lanzado en 1699 á la faz de los que nos eran hostiles por instinto y por interés, es por esencia regionalista. Por cierto que la aptitud del país en semejante ocasión fué tan revuelta, que bastó para detener á los intrusos en el camino de la espoliación de la tierra y del acaparamiento de las dignidades. Y aun tuvo otra virtud: despertando la herida susceptibilidad del país, lo llevó como por la mano, á la reivindicación de lo que le era propio; de manera que, cuarenta años más tarde, pedía ya nuestro P. Sarmiento que *se enseñase por arte el gallego en las escuelas*, que se predicase en gallego, y que las cátedras episcopales de Galicia fuesen ocupadas por hijos del país. Fundábase en que los que venían á desempeñar los principales cargos eclesiásticos, ni entendían nuestra lengua, ni ama-

ban nuestras cosas, ni respondían, como era debido y se necesitaba, á las esperanzas en ellos puestas. Dígase ahora que el regionalismo gallego es reciente, nebuloso, informe!... ¡A menos que, en estas cuestiones, los hechos sean menos que las palabras! Y aquí ha de advertirse—pues hay muchos que juzgan el pasado por el presente—que la lengua gallega hablada en el país hasta hace setenta años, no es en verdad la que hoy conocemos y hablamos en las ciudades. Llegó pura hasta principios del siglo, y bien se deja comprender que, para que perseverase culta y perfecta, necesitaba, á falta de su cultivo literario, que fuese común á todas las clases sociales. Lo fué. La hablaban todas, pero en especial las clases nobiliarias. Aun hoy son éstas las que mejor la hablan y la hablan con predilección.

(Concluirá.)





EPIGRAMAS

FOGUETE

(Inédito.)

Fito-á-fito, n'a cortiña
Mirand' á un faco morrer,
O gran cutre de Fariña
Chormica; y á mulleriña
Qu'ó escoita, quère, ô meu ver,
Consolàlo; mais axiña
Reprícalle: ¿Que-hêi facer?...
(Limband' o moco) ¡Xuaniña!...
¡Mórreseme, cand' o tiña
Afeito xa á non comer!

JOSÉ PÉREZ BALLESTEROS.

UN BICO

—¿Das-m'un biquiño, Jüana?
 —A volta á volta, meu coxo,
 Agora non teño gana,
 E a máis d'eso, dasme noxo.
 —¿Daras-mo?
 —Pol-a ventana...
 Envolveitiño n'un toxo!

F. DE LA IGLESIA GONZÁLEZ.

A F. S. D.

Disme que Xan ten un don
 Que non se pode negar,
 É non che falta razón,
 Porque estando á teu caron
 Ten sempre *don... de ferrar.*

E. C. A.

LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1889